

Las chicas del Pub

Libro 1



Sarah Rusell

LAS CHICAS DEL PUB

Sarah Rusell

Las chicas del Pub

©Todos los derechos reservados.

©Sarah Rusell

1ªEdición: Enero, 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Gabriel

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Gabriel

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

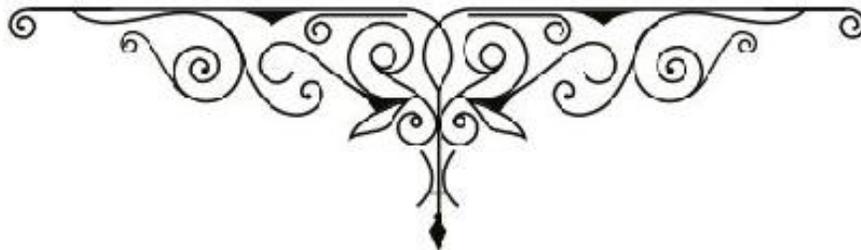
Capítulo 18

Capítulo 19

Gabriel

Capítulo 20

Capítulo 1



—¡A la mierda!

Puse los ojos en blanco cuando oí el grito de Pili tras oír cómo estrellaba la que era ¿la cuarta copa?

—¿Cuántas bajas tenemos ya? ¿Cuatro? —pregunté.

—Cinco, rompió uno de los ceniceros de cristal también —respondió Mili.

No es que yo me invente los nombres o les ponga apodos por ser mellizas, es que sus padres tuvieron esa mala leche de ponerle Pili y Mili. No sé qué se les pasó por la mente, pero algo de persona coherente no sería...

—Ouf, paso. De verdad que paso, dame la fregona —se acercó a mí y me quitó el objeto con el que estaba recogiendo un poco detrás de la barra. Me dio la bayeta con la que estaba secando las copas y me hizo señas para que moviera el culo—. A ver si terminamos de una vez que tengo ganas de irme a casa.

Mira ella, como si las demás quisiéramos quedarnos ahí...

—Y yo que te había traído el saco de dormir —le respondió Mili con ironía—. Hija, ya nos queda nada, siéntate, fúmate un cigarro,

no sé, pero deja de romper cosas —Mili ya estaba recogiendo los trozos de cristales que su hermana había esparcido por el suelo.

—¿Es que no puedo tener un mal día? —preguntó Pili enfadada.

—Hija, es que no es un mal día, ha sido un mal día, una mala noche y la madrugada va a peor —Mili puso los ojos en blanco.

Me reí a carcajadas, las dos se llevaban a matar. Aunque en el fondo se adoraban.

—Esa es la comprensión que tengo por vuestra parte —dijo Pili con pena.

—Ah, no. La pena a papá y a mamá, a mí me dejas en paz —resopló su hermana.

—¿Pena por qué? —pregunté haciéndome la tonta, lo sabía de más. Pero contarle siempre la ayudaba, así que a riesgo de que nos hablara de lo mismo otra vez, cosa que vi cómo su hermana no iba a perdonarme por la mirada que me lanzó de “voy a matarte”, Pili sí necesitaba hablar de ello. Así que me preparé para oír la misma historia una vez más.

—Ay, Patri, qué desgraciada soy.

Así empezó el drama, por quinta vez ese día.

—Oh, por Dios —resopló Mili.

—Para un tío que creo que me va a funcionar... Y nada. Otro palo más en la vida. Si es que no se puede ser más gafe en el amor que yo —siguió.

—En realidad sí se puede ser más gafe, como yo, por ejemplo —me reí, pensando en que no es que tuviera mala suerte en las relaciones y en el amor, es que era inexistente. No había un tío que me llamara para algo más que para ponerle una copa. Por lo

demás... Yo pasaba de ellos. Y a mis treinta y dos años, no tenía esperanzas de encontrar a nadie que mereciera la pena.

—Tú no tienes mala suerte en el amor, Patri, solo es que... — empezó Pili.

—Tienes complejo de monja de clausura —rio Mili.

—Eso, recordadme la de telarañas que tengo ahí abajo —reí. Era verdad, hacía unos años que nada de nada. Por elección propia, sí. Pero también porque la única relación estable que había tenido se fue a la mierda. Él se enamoró de su compañera de trabajo, ¿quién supera eso? Yo no. Aunque ya lo tenía casi olvidado. Solo que siempre te queda el miedo a que te fallen de nuevo.

—Las tienes porque quieres, porque la mitad de los tíos babean por ti —me riñó Pili. Tampoco era para tanto. Ligaba, sí, pero... No sé, a mí ninguno me llenaba y yo no estaba para solo una noche de sexo, la verdad, no era algo que quisiera—. Pero esa no es la cuestión, ¡que estamos hablando de mí! —se sentó al otro lado de la barra dispuesta a seguir con su drama.

La miré y sonreí. Parecía que iba a morirse de la pena por un tío que había conocido dos noches atrás. Pero así era Pili, se enamoraba en segundos. Y los tíos de ella, claro. Era un bombonazo, como su hermana, algo diferentes, pero dos rubias de escándalo. Babeaban por ellas, no les faltaban las oportunidades.

—Al final amanecemos aquí por tu culpa —me riñó Mili mirándome con las mismas o más ganas de asesinarme.

—Pensé que entre nosotros había algo y ¡no! ¿Veis normal que me diga: lo hemos pasado muy bien, pero yo quiero probar más frutas? ¿A mí? ¿Un niño de veinticinco años? ¿Más fruta de qué, hijo de la gran p***?

—Pues que la piña no le iba y lo iba a intentar con la naranja —
rio Mili, haciendo que yo me riera también, porque no era para
menos.

—A ver, Pili, es que es normal... —reí.

—¿Qué es normal? —preguntó ella, desconfiada.

—Veinticinco años... —le expliqué— Tú misma lo dijiste, ¿a
quién se le ocurre acostarse y pensar en algo más con un baby?

—Es entrenador de gimnasio, pensé que estaba más centrado
en la vida —suspiró ella.

—Sí, claro, con la cantidad de mujeres que babea por él a lo
largo del día —Mili puso los ojos en blanco.

—¿Me estás diciendo que soy menos que ellas? —preguntó Pili
ofendida.

—No, te está diciendo —intervine— que busques otro tipo de
hombre, más maduro. Más serio, no un crío así.

—Esos que decís son los que tienen vidas ocultas, mujer e hijos
y que vienen aquí para salir de sus mierdas de vidas mientras
encuentran a alguien que no les dé problemas, que ni siquiera sepa
quiénes son para que no les pueda joder su idílica vida de mierda —
explicó Pili, con la rabia de una despechada.

Miré a Mili y ella me miró, seria. Las dos miramos a Pili y esta
nos dijo seriamente.

—Patri, me apunto a tu plan. Desde hoy estoy como tú, a que
me salgan telarañas.

Le tiré la bayeta a la cara, haciendo que riera. Las tres nos
partíamos de la risa por el comentario. Al menos terminamos de
limpiar riendo.

Tardamos un buen rato en llegar a casa. Como vivíamos algo lejos, el viaje a esa hora, con lo cansadas que estábamos, se nos hacía pesado.

Hacía unos meses que habíamos alquilado una casa en las afueras de la ciudad de Málaga. Hacía algún tiempo más que las tres vivíamos juntas, casi desde que éramos adultas y decidimos montar un pub entre las tres. Nos conocíamos desde pequeñas, nuestras madres eran vecinas y amigas de toda la vida y nosotras seguimos su camino. Así que como ninguna de las tres servíamos para estudiar, ya casi por obligación hicimos un FP, pero nunca ejercimos, teníamos otra idea. Ese pub, el cual nos costó muchos años como camareras en otro y levantarlo ya ni os cuento... Pero hoy, años después, era el pub de copas más conocido de la ciudad. Y el mérito era nuestro, lo habíamos conseguido después de mucho trabajo duro.

“Bright Girls”, nuestro sueño.

Ese por el que nos habíamos dejado la piel.

—¿Y cómo se hace eso?

—¿Cómo se hace qué? —pregunté.

Había entrado ya en mi habitación, dispuesta a quitarme la ropa, ponerme el pijama y dormir doce horas seguidas ya que al día siguiente era nuestro día de descanso. Y, además, estaba más cansada de la cuenta por haber tenido que limpiar el pub. Teníamos una chica que se encargaba de ello, pero por un problema no había podido ir esa noche, así que nos tocó hacer su trabajo. Era buena trabajadora, no solía fallar y yo casi no recordaba cómo cansaba limpiar ese lugar después de una larga jornada de trabajo.

Me quedé con las manos en mi pantalón, mirando a Pili cuando entró en mi habitación, sin llamar, como siempre, y preguntó eso.

—Pues tener telarañas...

—¿En serio me estás preguntando eso?

—Claro. Es que no lo entiendo.

—Pues se hace... ¿No acostándose con nadie? Es fácil, teniendo las piernas cerradas —reí.

—Eso lo sé —puso los ojos en blanco—. Me refiero a que cómo no tienes ganas de acostarte con nadie. A ver, que yo tengo ganas de tirarme a la mitad de los hombres que aparecen por el pub.

—Porque tú eres un putón —dijo Mili entrando en mi cuarto y sentándose en mi cama, con un pastel de chocolate en la mano—. ¿Queréis? —preguntó con la boca llena.

—¿A estas horas de la mañana? —no me lo podía creer, aunque para ella era algo normal.

—Sí, es cuando mejor sienta el chocolate...

—No hables con la boca llena —le riñó Pili.

—Dios, la cantidad de calorías que tiene eso —suspiré.

—Venga ya —rio Mili—. ¿Desde cuándo te ha importado eso a ti?

La verdad era que de nunca, pero una tenía que cuidarse aunque fuera un poco. Me moví y me puse delante del espejo. Vuelta para un lado, para el otro...

—Estás bien, no seas pesada. Toma —Mili me metió un trozo de pastel en la boca y casi me ahogo.

La miré con ganas de matarla y seguí mirando mi imagen. Sí, estaba bien, para qué negarlo, la naturaleza se había comportado conmigo. Un cuerpo con curvas, con una talla perfecta, buen pecho,

bonita cara. Mi nariz respingona, mis ojos grandes y verdes, mi pelo negro...

—Me ha crecido el culo —dijo horrorizada.

—Sí, por el otro de chocolate, ¿no te jode? —resopló Mili, en mi cama de nuevo y disfrutando del pecado.

—Y digo yo, ¿qué hacéis aquí? Porque quiero dormir... —sutil manera de echarlas.

—No hay sueño, me he desvelado —dijo Mili.

—Normal, el chocolate... —resopló su hermana— Yo esperando que me expliques.

—¿Pero que te explique qué? Haced el favor de iros, quiero dormir.

—Pues cómo consigo ser de las tuyas —dijo desesperada.

—Y yo qué sé —estaba empezando a perder la paciencia.

—Es muy fácil —Mili se chupó los dedos y empezó a hablar—.

A ella no le interesa el sexo. Bueno, no así exactamente —rectificó cuando la miré—. Me refiero a que no le interesa el sexo por sexo, ella necesita mucho más. Sentimientos.

—Pero yo tengo sentimientos por ellos —Pili frunció el ceño.

—Verás, Pili —suspiró Mili—. No esos sentimientos, sentimientos más profundos tipo “oh, es el hombre de mi vida, no podré vivir sin él”.

—Pues lo que siento yo —insistió su hermana.

Puse los ojos en blanco, las iba a matar. Y lo peor era que decía la verdad, para ella todos eran “el hombre de su vida”.

—A ver, Pili —empecé, intentando ser clara y que me dejaran dormir de una vez por todas—. Primero, yo no busco nada. tengo bastante con mi consolador. Segundo, lo que dice Mili es cierto. Yo

me cansé del sexo por sexo, no me acuesto en la primera cita. Pido más. Mucho más. Y necesito estar segura para darme a alguien... Solo eso.

—Vamos, que sea una estrecha —suspiró Pili, horrorizada.

—Algo así —dije para evitar cogerla por el cuello y ahorcarla lentamente hasta que se pusiera azul y no volviera a respirar. ¡Por que yo no era una estrecha!— Y ahora que lo entiendes, ¿me dejas dormir?

—Pues me tendrás que dar clases...

—Sí, sí, cuando quieras. Pero de día. Así que ahora... —las invité a salir.

—Vale, mañana empezamos. Mili, a dormir.

—No, el chocolate me ha despertado...

—Lo que faltaba —suspiré.

—Siempre igual, es que ya lo decía mamá: no tengas chocolate en casa, tu hermana es una yonqui del chocolate.

—¿Yo una yonqui del chocolate por comerme un pastel? —preguntó Mili con los ojos abiertos de par en par.

—Yonqui, que eres una yonqui. Ven que te haga un té, a ver si te duermes.

—Pero no me apetece —se quejó cuando la jaló del brazo para que se levantara de la cama.

—Pero ella quiere dormir, que parece que no lo ves —Pili puso los ojos en blanco y yo abrí la boca y la volví a cerrar, mejor no decir nada. Pero es que era ella la que me estaba molestando, no es por nada.

—Que descanses, abuelita —suspiró Mili.

—Adiós, yonqui. Hasta mañana. Pili —suspiré antes de cerrar la puerta de mi dormitorio.

Sonreí finalmente, en el fondo eran divertidas. Ahora se pondrían a preparar el té y se acostarían aún más tarde, como las que no estaban cansadas. Problema de ellas, yo no podía más con mi cuerpo.

Me quité la ropa y caí en la cama, ni pijama ni nada, no había fuerzas. La semana de trabajo había sido muy dura y rematarla con la limpieza de esa noche, aún me había dejado peor. Menos mal que al día siguiente no tenía nada que hacer.

Aguantar a tus padres..., me dijo una vocecilla en la cabeza. Fruncí el ceño, casi lo olvidaba, había quedado en almorzar con ellos. Lo que me faltaba...

Quería mucho a mi familia, pero sacaban de quicio a cualquiera. Y yo nunca podía rechazar una comida de ellos porque era incapaz de aguantar los dramas de mi madre.

Cerré los ojos y suspiré. Acababa de empezar el verano y el trabajo nos tenía absorbidas por completo. Ya teníamos varios camareros más contratados, empezarían dos días después.

Ese año habíamos abierto una zona nueva en el local, estaba ubicado en la mejor zona céntrica de la ciudad, pero habíamos podido alquilar el local de al lado y unirlo al nuestro. No era demasiado grande, pero nos venía de perlas para crear una zona VIP y algo más tranquila. La obra había durado mucho más de lo que pensábamos. Y ni qué decir que Pili se había liado con media plantilla de obreros porque ella no podía evitarlo.

Dos días después se inauguraría esa zona y teníamos una buena fiesta preparada. Todo estaba listo, nosotras, aunque no lo

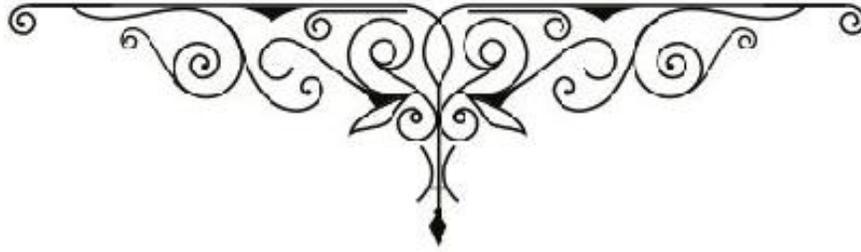
confesáramos nerviosas. Pero seguro que todo saldría bien y consolidaríamos el local como el mejor de la ciudad. Estaba muy ilusionada, las tres lo estábamos.

Todo iba bien. Todo menos mi vida amorosa, pero no era algo que me preocupara. Para eso ya estaba mi madre, que se preocupaba por las dos por verme como una solterona.

Cerré los ojos y suspiré, me quedaba poco para aguantar su charla y para ello necesitaba ir descansada. Pero, al menos pasaría un buen rato con mi padre y con mi hermano, tenía ganas de reírme un rato con ellos.

Me quedé dormida rápidamente con la ilusión de que empezaba una nueva etapa en mi vida. Mucho trabajo, seguro, pero también tenía claro que iba a ser una época que no iba a olvidar nunca.

Capítulo 2



—Buenos días, ya estoy lista.

Miré a Pili cuando me saludó. Me había levantado más temprano de lo que quería y me preparé un café para intentar despejar la mente.

—¿Lista? —la miré con el ceño fruncido. Primero, no sabía qué hacía despierta tan temprano cuando ella no se despertaba, en su día libre, hasta la hora de cenar. Segundo...— ¿Para qué es eso? —pregunté mirando el cuaderno y el bolígrafo que tenía.

—Pues para que me enseñes —dejó el material de papelería en la mesa y se preparó su taza de café.

Puse los ojos en blanco, no podía ser lo que creía.

—¿Para que te enseñe a qué? —lo sabía de más, pero...

—Pues a ser como tú —se sentó frente a mí, abrió el cuaderno y con la taza de café en la otra mano, se dispuso a tomar nota.

—¿Estás hablando en serio?

—Claro. A ver, Patri. Yo quiero dejar de enamorarme de todo bicho viviente.

—Es fácil. Además, ya lo haces. No te enamoras de ellos.

—¿Como que no? ¡Claro que me enamoro!

—No, te encoñas, que es diferente. Y te piensas que te enamoras porque lo exageras, pero solo es sexo.

—Yo con Pedro quería algo más.

—¿Pedro? ¿Pero el entrenador del gimnasio no era Carlos? — a mí iba a dejarme ya loca.

—Sí, es que estaba pensando en otra cosa —rio, quitándole importancia y yo tenía ganas, por eso, de vaciarle la taza de café en la cabeza—. De él me enamoré.

—Sí, te enamoraste tanto que recuerdas hasta su nombre — dije con ironía.

—Aún estoy dormida, mi cerebro no funciona. Ahora dime, ¿cómo hago? Espera... —comenzó a escribir— Primer paso, cómo saber de verdad si te interesa un hombre.

—Eso es fácil... Buenos días —Mili entró en la cocina, directa a la cafetera—. En tu caso sería, si creo que me interesa, es que no es para tanto.

—¿Y tú qué haces despierta tan temprano? —les dio a las dos por ahí.

—No podía dormir, pensaba en la inauguración —al menos una que lo reconocía, ya que su hermana y yo nos callábamos las cosas y fingíamos no estar nerviosas.

—Deja eso que lo mío es más importante —la cortó Pili.

—No, lo tuyo es fácil: deja de abrirte de piernas y hazlo solo cuando llegue tu amor verdadero —Mili se sentó a la mesa y bebió de su café.

—Tenéis muy mal concepto de mí —suspiró Pili, nosotras hicimos un sonido tipo “ujum”, que venía a significar algo así como:

lo que tú digas, tienes razón, no te voy a llevar la contraria—. ¿No me vais a ayudar?

—Eres un caso perdido, hermana. Cuando te llegue el hombre adecuado, en el momento adecuado, entonces lo sabrás. Mientras... Pues hija, cierra las piernas o disfruta, lo que te apetezca en cada momento.

—Eso mismo... —afirmé con la cabeza.

—No sé qué haría sin vosotras —dijo con todo el sarcasmo del mundo.

—Pues lo mismo que con nosotras, tirarte a todo bicho viviente —rio Mili.

—Se llama envidia —le advirtió su hermana, haciéndonos reír.

—En parte sí te envidio, ¿sabes? —dije con sinceridad cuando dejé de reír.

—¿A mí? —me preguntó Pili con la boca abierta.

—Sí —me encogí de hombros—. A veces quiero ser como tú. No mirar nada más, poder tener noches locas creyendo que ese será el amor de mi vida, aunque después me salga rana, llore un día y después aparezca otro. Vivir esas ilusiones. Como yo no puedes hacerlo, porque parece que nadie es suficiente —dije con un poco de tristeza.

—No seas tan dura contigo misma, Patri, no haces nada malo con desear algo más —Mili me cogió la mano y me dio un apretón.

—Lo sé, ¿pero existirá ese algo más? A lo mejor es que soy demasiado exigente y nunca nadie cubrirá mis expectativas.

—Tampoco es que pidas demasiado. Solo un hombre de verdad —Mili seguía queriendo reconfortarme, pero con esa frase así, dicha

tan seriamente, su hermana y yo la miramos y... —Vale, pides demasiado —rectificó cuando se dio cuenta de lo que había dicho.

Las tres nos reímos a carcajadas. Estábamos todo el día juntas, yo era como una tercera hermana en ese trío. Trabajábamos juntas. Vivíamos juntas. Salíamos en nuestro tiempo libre, cuando salíamos, juntas. Y aunque a veces queríamos matarnos y nos sacábamos de quicio unas a otras, la verdad es que disfrutábamos mucho estando unidas. Y nuestros momentos de risas, como ese, no lo cambiaría por nada del mundo.

—¿Qué hacemos esta noche? —preguntó Mili.

—No sé, depende de cómo llegue de casa de mis padres —resoplé, porque generalmente venía de muy mala hostia.

—Exactamente por eso pregunto —rio Mili, sabiendo que eso era así y que en los ratos con mis padres, después necesitaba una buena ración de risas con ellas para liberar la tensión.

—Hoy toca peli, palomitas, pizza y chocolate —dijo Pili—. Que tuve ruptura amorosa.

Su hermana y yo la miramos con las cejas enarcadas.

—¿Ruptura amorosa? Si es por eso, estamos cada día poniéndonos como focas —Mili puso los ojos en blanco.

—Toca eso, no hay más que hablar. Además, no sé si recordáis que esta semana me toca a mí elegir. Pues lo hice.

—¿Bridget Jones? —gemí, sabiendo que me iba a tocar comerme esa película de nuevo.

—Exacto. Yo me encargo de preparar la cena y...

—¿Pero qué cena, Pili, si vamos a pedir pizza? —preguntó su hermana.

—Que yo me encargo de todo. Vosotras a las nueve con el pijama y los pañuelos de papel. ¡Y dejadme ya, que le ponéis pegas a todo! —cogió el bolígrafo y dijo mientras escribía— Para ser como ella, hay que quejarse de todo. Punto —y tan campante, se fue de la cocina.

—A ver si es que este tío sí le ha afectado de verdad —miré a Mili cuando su hermana se fue.

—No creo, esta está loca desde que nació, te lo digo yo que compartí el mismo vientre. Y te recuerdo que según el obstetra, yo tenía que salir primero, pero se las ingenió para ser ella, poniendo en riesgo la vida de las dos.

—Tú estás fatal —reí, como siempre que me contaba esa historia.

—Normal, seguro que me golpeó la cabeza en el vientre de mi madre —puso los ojos en blanco y después rio también—. Nosotras también comemos en casa de mis padres, estamos al lado, así que ya sabes.

—¿Vamos en mi coche entonces?

—Vale. En una hora listas —corrió hacia el baño.

Sonreí mientras la seguía. Lo que me había dicho significaba que si creía que iba a perder el control con la charla que me esperaba con mi madre, que les mandara un mensaje y vendrían, como siempre, al rescate.

Si es que eran las mejores amigas del mundo.

Menos cuando las tres teníamos que compartir baño, claro.

—¡Pili, abre el pestillo! —gritaba Mili cuando llegó al baño de la planta de arriba.

—No, déjame ducharme en paz —chilló la otra.

—Pero es que me meo —Mili daba saltitos—. ¿Cuándo va a estar arreglado el baño de abajo? —me preguntó suspirando. El baño de la planta baja, aunque solo era un aseo, era un alivio para cuando vivíamos tres. Aunque solo teníamos ducha en el de arriba, nos organizábamos mejor con el otro. Pero tenía un salidero y los dueños de la casa ya habían avisado al del seguro, solo nos quedaba esperar.

—Pues esta semana —me encogí de hombros.

—Joder... ¡Pili, que me meo! —aporreó la puerta.

Unos segundos después, Pili, desnuda y empapada, abrió la puerta del baño.

—¿Tú también te meas? —resopló, se metió en la bañera, Mili se sentó en el váter y yo me lavé los dientes.

—No, es por ahorrar tiempo, que eres muy lenta cuando te duchas.

—Ahora una también tiene que pedir disculpas por tardar en la ducha —refunfuñó.

—Dios, qué alivio —dijo la otra cuando acabó.

Escupí la pasta de dientes y salí para coger mi ropa.

—Me pido la próxima para ducharme —dije.

—Pero... —Mili fue a quejarse pero se calló— No sé cómo lo hago pero siempre soy la última. Así voy siempre con los pelos, que no me da tiempo a hacerme la plancha.

Me reí, era cierto. Y esa casa era una locura, pero cómo nos divertíamos. Preparé la ropa y entré en la ducha cuando Pili salió. Y ya Mili estaba sentada en el pequeño banco que teníamos en el baño, esperando a que yo terminara.

—Eso es privacidad —suspiré, pero me moría de la risa.

Estaba segura de que el día que viviéramos separadas, íbamos a echar de menos esos momentos de locuras de chicas.

Capítulo 3



—Hombre, hasta que apareces...

—Mamá —me acerqué a ella, ignorando la ironía en su voz y le di un beso. Saludé a mi padre, estaba sentando en el sofá, con una cerveza en la mano y viendo la televisión.

—Tu madre, sí, esa a la que ignoras todos los días —resopló con el drama.

—No te ignoro, mamá, es que trabajo —me senté al lado de mi padre.

—Trabajas de noche, tienes el día libre —resopló ella.

—El día lo usa para dormir, ¿o te crees que pariste a un vampiro que no necesita sus horas de sueño? —intervino mi padre.

—¿Tú no estás con los deportes? Pues déjame —le advirtió ella, mandándolo a callar. Mi padre me miró y puso los ojos en blanco y yo sonreí. Siempre eran así, pero se adoraban—. Cuéntame, Patricia, ¿cómo va todo?

—¿Por qué nunca me has llamado Patri?

—¿Por qué te tengo que llamar Patri? Eres Patricia, ese es tu nombre y muy bonito que es, además.

—No sé... Porque siempre se usa el diminutivo —dije pensativa.

—Pues yo no —dijo ella como toda respuesta—. Y no me lées, dime cómo va todo.

—Bien. La inauguración de la zona VIP será mañana, ya está todo listo, nosotras tranquilas —mentí—. Esperemos que la fiesta sea un éxito.

—Siendo vosotras tres las anfitrionas, seguro —mi padre me guiñó un ojo.

—Nunca he entendido, Paco —empezó mi madre, mirando a mi padre—, que la animes a todo. Menos mal que la obligué a hacer un FP, porque si es por ti, aún está la niña sin estudiar.

—Exageras, mamá.

—No, no lo hago —refutó.

—Bueno, con estudios o no, se ha labrado su camino —dijo mi padre con orgullo—. ¿Es que no estás orgullosa?

—Yo siempre estaré orgullosa de mis hijos, no digas tonterías. Pero siempre es bueno que tengan un título de algo —ella de ahí no salía nunca, menos mal que, como decía, yo había estudiado algo y la había hecho feliz en parte—. Y gracias a mi insistencia, lo logró.

—Claro... —sonreí. El FP de Marketing y Publicidad me había servido de algo, aunque ella en su día no estaba conforme con mi elección, pero no iba a recordarle eso.

—¿Y nada más que contarme? —insistió.

—No, no vayas por ahí, mamá —la corté inmediatamente, ya iba a empezar el tema pantanoso.

—¿Por dónde? —se hizo la tonta.

—No hay nadie en mi vida, que te conozco bien lo que toca ahora...

—Hija, pero solo pregunto porque me preocupo por ti... — suspiró.

—No te preocupes tanto, yo estoy bien.

—Deja a la niña que viva como quiera —mi padre solo hablaba para meter cizaña.

—Pero bueno, ¿es que no voy a poder hablar en mi casa? Solo me preocupo por ella —repitió—. Quiero que sea feliz.

—Puede ser feliz estando soltera —le recordó mi padre.

—Bueno, no es igual, Paco...

—No, porque siendo soltero se es mucho más feliz —la voz de mi hermano nos sobresaltó a todos.

Mi madre se levantó corriendo a abrazarlo, siempre se le caía la baba con su hijo varón. A ese sí que no le había obligado tanto como a mí a estudiar, pensé.

Ahí estaba el guaperas de la familia, treinta y cinco años recién cumplidos, el niño bonito y simpático que siempre me sacaba de quicio pero al que adoraba. El soltero por excelencia, y yo aprendía de él.

—Hermanita, ¿te has puesto tetas? —rio al abrazarme.

—No, he engordado. Al menos a mí me engorda algo —resoplé —, no sé si puedes decir lo mismo.

Mi hermano se rio a carcajadas, tenía ese don de poner cardíaca con esa sonrisa a cualquier mujer. Yo incluida, porque desde pequeño, cuando sonreía, ya sabía que no iba a poder negarle nada.

—Ay, hijo, cuánto tiempo sin verte —sonrió mi madre.

—Me viste la semana pasada, mamá —rio él.

—Pues mucho tiempo —mi madre frunció el ceño—. Sois unos descastados.

—Tenemos una vida, solo eso —mi hermano le pasó el brazo por los hombros, le dio un beso en la frente y ya se la llevó a su terreno mientras mi madre babeaba como una enamorada más—. Papá, ¿qué os pasó en el último partido?

—Oh, no... —me fui a la cocina a servirme algo de beber. Esos dos hablando de fútbol desquiciaban a cualquiera y yo no quería ponerme nerviosa con la que me quedaba en unas horas.

—Pobre, no está bien... —mi madre entró en la cocina y habló con tristeza.

—¿Quién?

—Tu hermano, ¿no ves lo triste que está?

Miré a mi madre, con la lata de refresco ya en mi mano, me acerqué a la puerta de la cocina y vi a mi hermano riendo con mi padre. Miré a mi madre de nuevo sin entender nada.

—¿Qué hermano? —pregunté, a ver si así lo pillaba.

—Pues Carlos Javier —apreté los labios, a él tampoco le había acertado el nombre y necesitar, lo necesitaba. Porque... En fin...— Desde que lo dejó con esa chica, lo está pasando mal.

—¿Con cuál?

—Con la morenita que trajo a comer. Es que no sé qué le pasa, no le funcionan las relaciones. Las mujeres de hoy en día...

Hice un análisis mental en mis recuerdos y por fin sabía a quién se refería.

—Mamá, ese comentario es machista y, además, no eran nada. Solo amigos. La trajo a comer a casa porque la chica estaba sola en la ciudad, pero es que tú te montas unas películas...

—¿Yo? No, lo que pasa es que soy madre, tengo un sexto sentido para las cosas que no me contáis. Lo sabrás cuando paras.

—Será eso...

—Porque me darás nietos algún día, ¿no?

Tenía ganas, en ese momento, de darme cabezazos contra la mesa de la cocina y no parar hasta ver mi frente sangrando. ¿Pero por qué siempre acabábamos en el mismo tema?

—Mamá...

—Hija, tampoco pregunté nada malo.

—No, pero es que siempre me preguntas lo mismo. Dile a Carlos que te dé hijos.

—Sí... También se lo digo. Y niños rubios podía darme si se hubiera fijado en Mili —dijo refiriéndose a mi amiga.

Mili siempre, desde pequeña, había estado loca por él. Pero Carlos nunca la había visto más que como una mocosa a la que molestar, la amiga de su hermana pequeña. Ella, aún después de tantos años, no había podido quitárselo de la mente.

Siempre pensé que serían la pareja perfecta, pero... Mi hermano... era de otro tipo de mujeres. Gilipollas, eso era, porque mejor y más divertida y cariñosa que Mili no iba a encontrarla jamás.

—Patri, mañana voy acompañado a la fiesta —Carlos entró en la cocina y cogió una lata de cerveza del frigorífico.

—Vale —sonreí, pensando que iría con alguna chica nueva, su último ligue.

—Gabriel llega esta tarde de Londres —siguió.

—¿Gabriel? ¿Tu jefe? ¿El chico gordito que era tu amigo? —me burlé, acordándome de él.

Se me vino a la mente la imagen de ese niño. El gordito de la pandilla de mi hermano, pero con muy mala leche, la verdad. Se fue a estudiar al extranjero cuando su padre compró una de las mayores empresas de Marketing de Londres. La cual, porque después llegó a ser el jefe de mi hermano, quien era uno de sus abogados y se encargaba de llevar el aspecto legal de los negocios que mantenía en Málaga, llegó a ser suya cuando su padre se jubiló.

Lo que sabía de él era por mi hermano, obviamente, pero hacía años que no lo veía. Además de haberse convertido en todo un triunfador en el mundo de los negocios y que parecía tener un historial sentimental de lo más amplio, poco más podía decir de él.

—Sí, demasiados años sin volver a su ciudad. Este verano por fin se tomará unas vacaciones, lo invité a venir —explicó mi hermano.

—Me parece bien.

—Viene con Paul, su mano derecha en Londres.

—Vale, tendré todo listo para los tres. Porque solo venís los tres, ¿no?

—Que yo sepa sí.

—Vale, después lo organizo para dejaros el mejor lugar.

—Gracias —se acercó a mí y me dio un beso.

Sonreí, pero me puse nerviosa. La fiesta estaba cada vez más cerca y los nervios iban a comenzar a aflorar.

—Mamá, ¿queda mucho para comer? Me muero de hambre... —gimió mi hermano.

Y solo tenía que decir eso para que mi madre se pusiera con las prisas. No fuera su hijo a pasar hambre...

Aún con lo pesada que era, era la mejor madre del mundo. Nos hizo a cada uno nuestra comida favorita, como siempre. Él pasta a la carbonara. Yo pasta a la boloñesa. Comimos entre desquiciarnos con ella y no dejar de reírnos, pero fue bien. Me despedí de ellos cuando Pili y Mili me mandaron un mensaje al móvil de que ya estaban en la puerta y nos marchamos a casa. A ponernos el pijama y a pasar la segunda parte de nuestro día libre. Viendo El diario de Bridget Jones con palomitas, vino a mansalva, las pizzas y chocolate para aburrir.

La terapia con Pili no había hecho más que empezar y nos vino bien a todas porque, sin poderlo evitar, los nervios de la próxima inauguración estaban empezando a salir a la superficie.

Ya después de cenar, habiéndonos hartado de pizza y sin poder ni movernos, pero con las palomitas preparadas, el chocolate y todo lo que arramplamos de la cocina, las tres sentadas en el enorme sofá, con nuestras copas de vino siempre llenas, íbamos a empezar a ver la película cuando Mili habló.

—¿Y todo bien en tu casa?

—Sí, como siempre... —dije.

—¿Tus padres bien?

—Sí, como siempre... —yo sabía adónde quería llegar, pero, como siempre, no se lo iba a poner fácil.

—¿Y qué hicisteis? —Pili me miró con cara de desesperación, también sabía adónde quería llegar su hermana.

—Pues comer, aguantar a mi madre, lo de siempre.

—Entiendo...

—Sí...

—Entonces todo bien...

—Siempre haces lo mismo, ¿no es más rápido preguntarle directamente por Carlos? —preguntó Pili cuando perdió la paciencia.

—Yo no quiero saber sobre él —dijo Mili a la defensiva.

—Oh, venga, que compartí el vientre de mamá contigo, a mí no me engañas a estas alturas.

—Yo no compartí el vientre y tampoco me engañas —reí—. Mi hermano está bien, vino solo, como siempre. No cambia, sigue siendo el mismo ligón soltero de siempre.

—Ah... Me alegra que esté bien —dijo ella, colorada, como siempre que se hablaba de él.

—¿Cuánto hace que no os veis? —pregunté.

—Años —respondió ella—. No hemos coincidido en varios años. Pero me alegra saber que está bien —repitió.

—Mañana viene a la inauguración con su jefe y otro compañero más. Tenemos que modificar algunos sitios, le dejaremos el mejor —les comenté.

—¿Modificar ahora todo? —a Pili le entró de todo por el cuerpo.

—Bueno, tampoco es para tanto... —dije.

Pero me arrepentí de esa frase un rato después cuando vi la que había que liar para acomodarlos como yo quería. Las mesas de la zona VIP estaban reservadas y ahora nos tocaba reorganizar todo de nuevo.

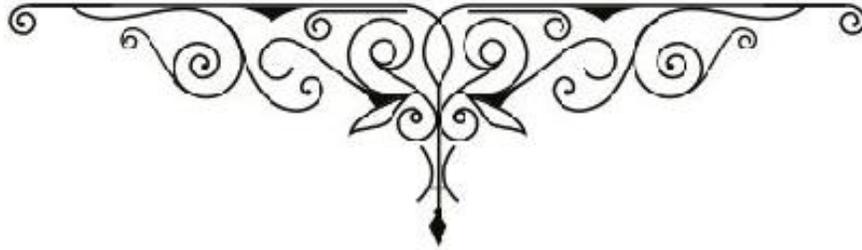
Al final nos dieron las tantas hasta que conseguimos dejar todo bien planeado y, como siempre, ni película ni nada. Nos fuimos a dormir tarde, con los nervios de punta.

Pero, con la ilusión de que al día siguiente, todo iba a salir bien.

Nueva etapa en el trabajo. Nuevas esperanzas. Nuevos sueños.

Y eso que yo aún no sabía que ese día mi vida cambiaría por completo.

Capítulo 4



Día de la inauguración de la zona VIP del “Bright Girls”.

Estábamos que iba a darnos algo.

—¿Pero aún estás así?

Entré en el cuarto de Mili y la vi sentada en la cama mirando un montón de ropa. Pili ya estaba en el salón, en la planta de abajo, esperándonos para irnos.

—Es que no me queda nada bien —puso cara de pena.

—Pero no tienes que mirar nada. Ponte el vestido que te compraste para fiesta. ¡Que para algo te lo compraste!

—Es que no me termina de convencer.

—¿Y para qué te lo compras?

Se levantó de la cama, se puso el vestido que se compró y se miró al espejo.

—¿Ves?

Yo no sé qué tenía que ver...

—Yo veo un cuerpazo —pestañeé.

—Yo veo un pecho que no relleno.

—Tú eres idiota —puse los ojos en blanco—, Te queda perfecto, es solo que estás nerviosa. Así que venga, termina de maquillarte que nos tenemos que ir.

—Hay tiempo de más —se acercó a su tocador.

—No, al final van a llegar antes los camareros que nosotras, Mili. Ponte el petardo en el culo, ¡pero aligera!

Me fui abajo para coger mi bolso y arrancar el coche cuando me encontré a la otra melliza tumbada en el sofá.

—Pero bueno, ¿tú qué? —iban a matarme un día de esos.

—¿Y si sale mal? —se levantó, se bebió una copa de vino entera y volvió a llenarla.

—Nada va a salir mal, venga, que nos vamos.

—¿Qué haríamos sin ti, Patri? Eres la paz mental que necesitamos —rio Pili, a quien ya se le había subido el vino a la cabeza.

Y una mierda, pensé, era la más loca y nerviosa de las tres, solo que me lo guardaba para mí misma porque, si lo dejaba salir, esas dos se me suicidaban, seguro. Y yo no iba a cargar con una muerte en mi conciencia.

—Dios, espero que salga bien —miré hacia las escaleras, Mili terminaba de bajar y estaba como su hermana, nerviosa.

—No me toquéis el... —me callé, respiré profundamente recordándome que yo era la sensata. Así nos iba...

Nos montamos en mi coche, porque yo no me fiaba de montarme con esas conduciendo, a saber si no acabábamos en la cuneta de la autovía y metí la llave para arrancar.

—¡Joder! —grité dándole golpes al volante, asustándolas al tocar el pito. El jodido coche no arrancaba y yo no estaba para más nervios.

—¿Qué pasa? —preguntó Pili.

—Pues que es el coche de Sor Citroën, eso pasa —rio Mili.

—No te metas con mi coche —le advertí. Mi coche era viejo, sí, pero era mi coche. Tenía casi quince años, estaba antiguo, pero yo no quería comprarme otro. A mí me gustaba mi coche. Pero el pobre ya estaba empezando a darme problemas.

—No me meto con el coche, me meto contigo. Si en un mes solo tienes el coche cuatro o cinco días, los demás está en el taller —rio Mili.

—¿Me vas a tocar los ovarios hoy? —la miré queriendo asesinarla.

—Dios me libre. Es solo a ver si lo jubilas, el pobre necesita irse con San Chatarra.

—Mili... —le advirtió su hermana.

—Es verdad. Lo que no sé es por qué nos seguimos montando en esta cosa.

—Porque conduzco mejor que vosotras, por eso mismo —les recordé.

—Bueno, eso sí —suspiró Mili—. Pues conduce el mío y ya está.

Iba a volver a darme cabezazos con el volante.

No me gustaba conducir sus coches, me gustaba MI coche. Pero tendría que pensarme seriamente en jubilarlo, el pobre ya estaba anciano. Nos bajamos y, sin poder evitarlo, de toda la tensión que tenía encima, le di una patada a las llantas.

—Me cago en... —gruñí al hacerme daño en el pie.

—Si es que... —resopló Pili, pero la culpa de todo la tenían ellas por sacarme de mis casillas.

Mili no tardó en venir con las llaves de su coche, nos montamos y salimos para la ciudad. Ya íbamos tarde, los empleados ya

estarían allí con el encargado.

—¿Entonces tu hermano viene? —preguntó Mili como si nada.

Estuve a punto de decirle “Sí, te lo he dicho como mil veces y sí, el vestido te queda muy bien, así que deja el ataque de histeria por verlo y ¡empieza a tenerlo por la inauguración, egoísta!

Pero de mi boca salió un simple “Ajá...”. Más valía callarme y no liarla mientras conducía ese trasto. Los coches nuevos me sacaban de quicio, ¿para qué tantos botones? Conociendo el del intermitente, el pito y el limpiaparabrisas, ¿para qué quería conocer más? Pues ese coche ni un avión, qué cantidad más horrorosa de botones. Le di a varios y me gané un cate de Mili, quien iba sentada en el lado del copiloto. Pero yo solo quería ver si de verdad servían para algo y eran de pega.

—Mira a la carretera —me gruñó— y estate quieta.

—Ujum... —resoplé.

El viaje se nos hizo eterno y, para colmo, nos encontramos con un atasco a mitad de camino. Yo ya me veía como en las películas, dejando el coche allí que, total, no era mío y saliendo a correr por la carretera para llegar. Pero quería llegar con el tiempo suficiente para ver que todos estaban organizados y que la decoración del local estaba perfecta.

Después de media hora de retraso más, conseguimos llegar a nuestro destino. Como imaginé, ya estaban allí los camareros, el encargado, David, un chico joven que habíamos cogido de prueba hacía un par de años y que se ganó el puesto, siempre estaba ahí para salvarnos el culo, hablando claramente.

Y ese día no iba a ser una excepción. Entramos en el local y ya los tenía a todos sentados al otro lado de la barra mientras él, en el

lado contrario, manteniéndolos entretenidos.

—Gracias —le dije al colocarme a su lado. Bueno, chicos, ¿preparados para la gran noche?

Miré a los camareros, a los que estaban desde hacía tiempo con nosotras y a los nuevos que se estrenarían esa noche y, esperaba, se quedarán con nosotras mucho tiempo.

Las caras de todos, aunque no lo pareciera, eran de nervios e ilusión. Era una etapa, la que se avecinaba, con mucho trabajo. Pero también sería bonita. Compartiríamos mucho tiempo juntos y el ambiente en el trabajo era excelente, eso siempre.

—Bueno, pues empecemos —Mili tocó las palmas.

Dejamos a David en el pub, pendiente a todo y las mellizas y yo nos fuimos con los camareros que iban a ocuparse de la zona VIP. Aquello estaba precioso, completamente adornado.

—¡Está perfecto! —gritó Pili.

Aunque más o menos lo habíamos dejado listo dos días atrás, la empresa de decoración que contratamos estuvo un rato antes con algunos retoques y, la verdad, es que el lugar estaba más que perfecto.

Revisamos las mesas de los reservados, las bebidas... Aunque estuviera todo más que controlado, ya los nervios se hacían cargo de nosotras.

El local preparado, nosotras listas, los trabajadores también... Nos quedamos las tres al fondo del local mientras David abría las puertas.

En ese momento recordé cuando lo abrimos por primera vez. En ese momento no había colas. Era un pub más, que ofrecía música en directo dos días a la semana. Algo muy americano, por

así decirlo. Pero con trabajo duro, buena publicidad y el boca a boca de la gente, llegó a convertirse en los que teníamos en ese momento. El pub de moda. Seguíamos manteniendo los espectáculos dos días a la semana, la música era nuestra gran aliada.

Miré a la pista de baile. Recordé el primer día en que un par de amigos la usaron por primera vez. Conforme el local se llenaba de gente, la pista igual.

Como el pub, no teníamos reservas, ahora sí con esa zona privada, pero era un local abierto a cualquier persona mayor de edad. Ver cómo se creaban colas en la calle para entrar... Eso sí que nos alucinó desde que pasó la primera vez.

Pili, Mili y yo al principio, como en todo negocio que se abre por primera vez, éramos las camareras, limpiadoras y hasta fontaneras si hacía falta. Pero desde que eso comenzó a rodar, aunque pasábamos la mayoría del tiempo detrás de la barra sirviendo copas, algunos días no podíamos, centradas con los números, las cuentas, el marketing...

Pero estar ahí era lo que nos gustaba. Pasear, servir, conocer a la gente. Muchos eran clientes de hacía tiempo y nos convertíamos en amigos.

Y, cómo no, hacer algunas de nuestras locuras. Competiciones de karaoke, por ejemplo, mientras mis amigas y socias y yo nos subíamos al escenario a reventar los oídos de los asistentes.

No sabía aún cómo el negocio lo habíamos convertido en todo un éxito y cada día iba a más.

Una nueva zona donde ahora la gente podría reservar sin tener que esperar cola para entrar. Un lugar más adecuado para una

noche más tranquila.

Ese era ahora nuestro objetivo, por eso era la inauguración de esa noche.

Sonreí cuando las primeras personas que entraron por las puertas fueron mis padres, los de las mellizas y, cómo no, mi hermano los seguía.

Vi su sonrisa perfecta y noté cómo a Mili le temblaban las piernas. Le di un apretón en la mano a mi amiga, volvía a ver a mi hermano y sabiendo lo que ella sentía por él, nunca le era fácil.

Y detrás de él fue cuando lo vi. Ahí me temblaron las piernas a mí, ¿pero quién era ese?

Alto, musculado por lo que podía ver a través del traje con mi escáner visual, moreno, con el pelo revuelto. ¿Unos treinta y cinco años? Quizás un poco más... Mi familia se acercaba a mí y yo no podía quitar la mirada de ese desconocido que también me miraba fijamente mientras su amigo no dejaba de hablar.

En ese momento no me di cuenta, no hasta después de saludar a mis padres, a los de las mellizas y a mi hermano. Pero lo supe antes de que mi hermano se girara a presentármelo. Por la cicatriz que tenía en la ceja y esos ojos grises.

No me lo podía creer, ¿ese era...?

—¿Gabriel? —pregunté antes de que mi hermano lo presentara.

Esos ojos eran inconfundibles, pero ¿cómo podía ser ese hombre el chico gordito de la pandilla de mi hermano?

—Patri... Cuánto tiempo —dijo con voz profunda, mirándome de arriba abajo.

—¿En serio? —escuché cómo Pili le preguntaba por detrás a Mili. Estarían igual de alucinadas que yo. Y no era para menos.

—Años, sí —no podía articular muchas más palabras. Porque en ese momento tenía delante de mí al hombre más sexy que había visto en mi vida.

La sonrisa torcida de Gabriel me puso aún más nerviosa. Había algo en su mirada que me hacía querer removerme incómodamente. Eso y cerrar las piernas, porque madre del amor hermoso...

Se acercó a mí y me dio dos besos, con toda la confianza del mundo. Y el olor de su perfume llevó mi mente a sitios donde no debía de estar.

—¿Te vas a quedar con esa cara de empanada o nos vas a enseñar el lugar estrella? —rió mi hermano, hablándome al oído.

Estuve a punto de decirle que me iba a quedar con la cara de gilipollas, pero me callé. No podía ser tan evidente y menos estando mi madre cerca, que era capaz de organizarme la boda ya.

—Sí... Seguidme —les señalé el camino con la mano a todos y las chicas llevaron la delantera.

Gabriel me hizo una seña con su mano para que fuera delante de él. Un guiño de ojo y...

Ahí, sin saberlo, mi vida iba a cambiar por completo.

Capítulo 5



Suspiré de alivio cuando esa noche o, mejor dicho, esa mañana, caí en mi cama.

Desde el momento en que vi a Gabriel y me entró de todo por el cuerpo, ya no pude quitármelo de la cabeza. Desde el momento en que los dejé sentados, por fin, en su reservado, después de aguantar que él caminara detrás de mí y pidiendo al cielo que no me temblaran las piernas, me marché de allí rápidamente. Al baño, porque necesitaba un tiempo a solas...

Tenía que estar pendiente de la zona VIP, iba y me marchaba. Y cada vez que estaba allí, no podía evitar mirarlo de reojo. Y cada vez que lo miraba, ahí estaban sus ojos, pendientes a mí. Mirándome fijamente, sin ningún tipo de pudor, haciendo que me sonrojara y que huyera cada vez que pasaba.

Tenía la excusa de que tenía un negocio que atender, una fiesta a la que estar pendiente para que saliera bien, así que lo aproveché para no estar demasiado tiempo cerca de ellos. Cerca de él.

Me desperté a la mañana siguiente contenta, la inauguración había sido un éxito y ya teníamos lista de espera para los reservados. Estaba aún agotada, pero merecía la pena. Habíamos trabajado muy duro y ahora se empezaban a ver los resultados.

—Buenos tardes —dije cuando vi a Mili entrar en la cocina.

Obtuve un ujum por su parte, se fue directamente a prepararse su máquina de café y se sentó frente a mí, mirando a la nada con cara de mala hostia.

—Deberías de estar contenta, todo salió bien —le recordé.

—Y lo estoy... —dijo con desgana.

—Hija, pues cualquiera lo diría... —ironicé.

—Solo estoy cansada.

—Te conozco bien, Mili, puedes contarme las cosas.

—No me pasa nada, de verdad...

—Lo que le pasa es que tu querido hermano se fue ayer acompañado a casa —digo Pili entrando en la cocina.

Resoplé, mi hermano para no cambiar. Si es que no maduraba, él seguía teniendo alma de ligón de veintidós años.

—Al final lo mejor es que no lo veas, porque si cada vez que lo ves te pones así... Pues ya me dirás —suspiró Pili, se sentó también a la mesa, taza de café en mano.

—¿Y con quién se fue? —pregunté.

—Con una chica que se encontró allí, parecía ser que se conocían de antes —Pili se encogió de hombros—. Lo mismo es una amiga y le hizo el favor de dejarla en su casa.

—Claro que sí, con su mano puesta en el culo —resopló Mili.

—Le puso la mano en la espalda, la espalda baja, sí, pero sigue siendo la espalda, para que caminara por delante de él.

Estaba claro que Pili intentaba suavizar las cosas, pero yo no iba a opinar. Porque mi hermano era un mujeriego de primera y mi amiga, aún tantos años después, no era capaz de quitárselo de la cabeza. A veces pensaba que a lo mejor era bueno que ambos se

acostaran y se desencantaran de una vez para que ella pudiera seguir adelante.

Mili no era como Pili. Pili, la enamoradiza, la que siempre tenía a un hombre entre sus sábanas, enamorada fugazmente de todos. Sufriendo porque sus cortas relaciones con los amores de su vida no duraban más de cuarenta y ocho horas. Y, por el contrario estaba Mili. Otro carácter diferente, más irónica que su hermana. Con las ideas más claras. Y aunque no llegaba a mi nivel de soltería, ella no se acostaba con cualquiera. Ella tenía la regla de las cinco citas. Lo de las tres decía que seguía siendo demasiado poco. Y esa regla era sagrada.

Cita número uno: si él no hace el intento de pagar, no es el adecuado. Esta sería la regla machista.

Cita número dos: si no te deja pagar a ti, la mujer, porque la anterior pagó él, entonces tampoco es el adecuado por machista. Esta sería la regla feminista.

Cita número tres: la regla de la confianza. Si te habla de su familia y te dice que le gustas, bien. Pero... Si intenta algo más, aún no es el adecuado.

Mi amiga no entendía eso de que en la cita tres ya se fuera directamente a la cama.

Y si pasa la cita tres... Le toca el turno a la cita número cuatro: Sigue queriendo verte aunque aún no haya ocurrido nada entre vosotros. Si es así, entonces merece un beso al marcharnos de la cita. Con lengua incluida.

Y si ya es demasiado perfecto, llegará a la cita número cinco: una cena romántica en casa de él donde se termina con sexo.

Y el sexo, en la quinta cita, ya es lo definitivo. Si a la mañana siguiente los dos vuelven a tener ganas de estar con el otro, entonces es que la relación puede funcionar.

Mili llevaba a raja tabla sus reglas. El problema de la pobre es que de los pocos que llegaban a la cita número cinco, era ella quien no quería repetir sexo con ellos al día siguiente.

Porque, según sus palabras de siempre, follaban peor que un abuelo.

Y así estaba la pobre. Lo intentaba y lo intentaba, pero nadie había llegado a lo que ella quería. Y ella se culpaba por exigente cuando, en realidad, no hacía más que desear estar con otro.

Teniendo a mi hermano en su cabeza y en su corazón, ninguna relación que intentara le iba a funcionar.

Y cuando no lo veía, como esta vez que habían pasado varios años, pues podía sobrellevarlo. Al menos seguía intentando encontrar el amor. Pero cada vez que Carlos volvía a aparecer antes sus ojos, mi amiga quedaba completamente devastada.

—No tenéis que maquillarme las cosas. La culpa es mía, no sé qué me pasa con ese hombre —la frase de Mili me hizo volver a la conversación.

—Es tu amor platónico —Pili se encogió de hombros.

—Pero no entiendo por qué nunca has intentado nada —la miré, era la verdad.

—¿Por qué es tu hermano? —me dijo como si fuera evidente.

—¿Y? A ver si te crees que soy la protagonista de las películas americanas celosas de su familia. Yo te aseguro que él no se imagina nada de lo que sientes.

—Lo hace, Patri, los hombres no son tontos —suspiró Mili.

—Bueno, déjame dudar eso cuando el hombre al que nos referimos es mi hermano —resoplé—. Carlos no es como piensas, se las puede dar de Casanovas, pero no es así. En el fondo es dulce y cree en el amor. Eso sí, para que vaya a por una chica tiene que verlo muy claro.

—¿Y eso qué importa? Es que yo no tendría que ir por él, si él no se fijó ya en mí... —Mili suspiró, con pena.

—Machista —la acusó su hermana.

—No soy machista, soy realista. Si alguien te gusta, te acercas. Si no, pues no. Es simple. Él nunca me ha visto, he sido invisible para él desde que era pequeña, esa es la verdad. Si en algún momento le hubiera gustado, me habría insinuado algo.

—Machista —le dije.

No sabía si eso era así, la verdad es que por respeto a mi amiga, yo nunca le había insinuado nada a mi hermano de los sentimientos que ella tenía por él.

—Inténtalo —dijo Pili.

—¿El qué? —preguntó Mili.

—Hacer que te vea, hazte notar —le explicó.

—Sí, ¿por qué no? Mi hermano volverá esta noche al pub. Me lo dijo anoche. Si es como dices y él nunca te vio, pues hazte notar.

—¿Tú lo harías? —me preguntó Mili.

—Bueno, yo... —me puse en situación, ¿me haría notar con Gabriel, por ejemplo? —A ver, yo es que muy sutil no creo que pueda ser —torcí el gesto.

—Pero yo sí te puedo ayudar —las dos miramos a Pili cuando dijo eso, frunció el ceño a ver nuestras caras de incredulidad.

—Quiere ser sexy, visible, hacerse desear, no ser un putón — me reí, no pude evitarlo.

—¿Me estás llamando putón?

—Sí...— afirmé provocando su risa.

—Bueno, pero yo en eso estoy más puesta que vosotras. Te puedo enseñar unos cuantos de trucos y tú —me señaló—. Pues estando al lado puedes estar pendiente a que eso sea más... ¿Cómo dijiste? Sutil.

Yo sutil. Já.

—Así sí —Mili me miró con cara de cordero degollado—. Confío en que sepas parar a la exagerada esta.

—¿En serio me estáis metiendo en una táctica para ligarte a mi hermano?

—Sí —afirmó Pili—. Al menos intentarlo. Mírala, la pobre...

—Ni de coña, qué asco —hice un gesto como para vomitar.

—Venga, Patri, si no es nada. Solo algunos consejos —me rogó Mili.

—Ya, pero no sé si recordáis que la que tiene telarañas ahí abajo soy yo.

—Bah, pero eso es porque quieres. Y no te das cuenta de cómo te miran la mitad de los tíos del pub —suspiró Mili—. La otra mitad mira a esta —señaló a su hermana—. ¿Te tuviste que llevar todos los genes buenos?

—Así es la naturaleza —rio Pili.

—Está bien —claudiqué—. Pero solo una vez.

—¡Bien! —chilló Mili— ¿Empezamos?

—¿Ahora? ¿Aquí? —no, fui a responderme yo misma.

—Sí. Algunos consejos de cómo ser sexy. Y ya esta noche... Pues lo ponéis en práctica en el pub y... Patri, venga, no pongas esa cara, solo es enseñarme.

—Vuestra madre perdió toda la sangre en el parto por eso de tener que echar a dos de la vagina, ¿verdad? Porque muy bien no estáis de la cabeza.

—Porfi...

Miré a Mili, rogándome con cara de cordero degollado y puse los ojos en blanco.

—Está bien, pero que conste que no me hago cargo de lo que pueda pasar.

Se abrazó a mí dándome las gracias y llenándome de besos.

—Pero oye, que aquí la especialista en ligue soy yo, por si alguien no lo recuerda —refunfuñó su hermana, haciéndonos reír.

—Bueno, pues empecemos —sonrió Mili.

—Sí... Carlos, que Dios te pille confesado —suspiré.

No sabía ni tenía idea en la que me había metido. Nos pasamos el día explicándole... Bueno, yo más bien contradiciendo a Pili sobre cómo llamar la atención de un hombre. Según mi amiga, era ser putón. Según yo... Pues no tenía ni idea porque nunca había sido experta en ligar, pero sabía que ser putón exactamente no era. Así que lo que hice fue hacer un repaso mental de lo que había visto en las parejas exprés de mi hermano y rechazar casi por completo todos los consejos de Pili.

—Entonces, otra opción es que se te derrame algo en su pantalón —habíamos almorzado ya y seguíamos con el tema.

—Pili... ¿Pero qué dices? —la corté.

—A ver, hemos hablado de las miradas, del escote, de la minifalda, de pasar rozándole “sin querer” —hizo el gesto de las comillas con las manos—. De jugar con los labios... Pues vamos subiendo de nivel. Si después de eso sigue sin verla, pues tirarle algo encima es la solución.

—Que verla la ve, lo que no piensa es que ella quiera algo. De ahí lo de ser sutil —le recordé.

—Te aseguro que lo mío tiene más éxito que lo tuyo.

—¿Me estás retando, Pili? —no me lo podía creer. Y claro que lo suyo tendría más éxito, pero para una noche. Y para mi amiga, una noche con mi hermano no era suficiente. Ella quería más.

—Pues mira, sí. Te aseguro que con mis consejos lo consigue antes. ¿Qué te juegas?

—¿Entonces qué hago? —Mili estaba más perdida que yo.

—Esta noche —Pili me miró—. Tú y yo. Nos batiremos en duelo. Y la que gane... Que obviamente seré yo. Enseñará a este alma en pena cómo ligarse a tu hermano.

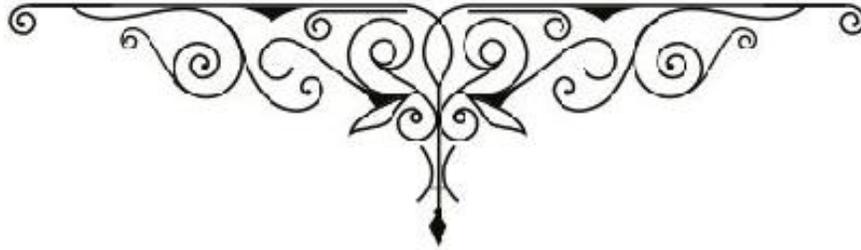
—¿En serio vamos a hacer eso con nuestra edad? —no sabía si reír o llorar.

—Pues creo que sí —sonrió Pili.

Las miré a las dos, no sabía dónde me estaba metiendo. De intentar animar a mi amiga, pasamos a que, sin saber cómo, Pili y yo nos disputaríamos ser la profesora en el arte de la seducción. Yo no sabía cómo lo hacían, pero siempre me liaban en todas sus cosas. Y lo peor es que yo no tenía ni idea de cómo ligar.

Miré a Mili, ganaría su hermana, claro. Y yo me había metido en algo que no tenía ni idea de la de problemas que iba a traerme.

Capítulo 6



—El primero que entre por las puertas, será el tuyo.

Estábamos las tres esperando dentro del pub, tras la barra, cuando Pili habló.

—¿Perdona?

—Hombre, claro, es al azar. No vale que cojas a uno al que imagines que le gustas, tiene que ser así.

—¿De dónde te sacas las reglas del juego? ¿Y, además, por qué sigo yo en esto? —iba a rajarme a la de ya. Que como broma estaba bien, pero estas dos iban demasiado en serio.

—Porque eres la tercera melliza, no puedes dejar a mi hermana como un alma en pena por tu hermano. Es tu obligación moral.

—Verdad... —suspiró Mili.

—¿Y esto no lo podíamos haber hecho con quince años? ¿Que es la edad normal? —les pregunté.

—Eso también es verdad... —suspiró Mili.

—Así que el primero para ti, el segundo que entre, para mí. A los solteros nos referimos, claro —aclaró Pili.

—Claro... —dije con ironía.

Pero en mi mente estaba pensando cuánto tiempo tenía para salir corriendo de allí. No mucho, al parecer, ya que David abrió las

puertas, dejando a la gente pasar.

—Por dios, que no sea un viejo —susurré.

Miré hacia las puertas y me quedé completamente paralizada. En ese momento me podía haber tocado un viejo con el pellejo caído mejor que quien entró en el local en primer lugar.

—Mira, Patri, parece ser que vas a tener suerte y todo —rio Pili.

—¿Eso es suerte? —abrí los ojos como platos, eso era un castigo divino.

—Joder, pues está como un tren. Y ni qué decir de cómo te miraba. ¿O te recuerdo que tú necesitabas un babero? —siguió riendo.

—Dios... —suspiró Mili, al darse cuenta de que los segundos que entraban eran Paul y Carlos.

—El universo está de nuestro lado, el otro guaperas para mí —rio Pili.

—Es que veréis, yo no creo que... —empecé, pero Pili mi cortó.

—A mí no me vengas con que mejor elegir a otro ni tampoco con que mejor no hacemos esto porque vamos a jugar. Vamos a enseñarle a esta chica cómo se liga.

—Pili, se te va la pinza —resoplé.

—Lo sé... Pero ¿me vas a dejar ganar? —me picó.

Ni de coña, pensé en mi mente. Solo esperaba no arrepentirme de esa frase.

—Mili, tú pendiente a las dos en todo momento —Pili se adelantó a saludarlos, la vi acercarse de más cuando le dio dos besos a Paul y supe que había comenzado el juego.

—¿En serio vamos a hacer esto? —le pregunté a Mili.

—Solo es por ayudarme un poco...

—Oh, por Dios. Está bien —resoplé.

Tampoco era para tanto, ¿no? Enseñarle cómo coquetear, pero el problema era: ¿cómo se coqueteaba? Si yo nunca había hecho nada de eso conscientemente. Si Dios existía, más le valía ayudarme.

Caminé y saludé a mi hermano con un abrazo, le di dos besos a Paul quien ya estaba más que embobado con Pili, claro que ella tenía ventaja, ya el día anterior se veía que él le había echado el ojo y me giré un poco para saludar al hombre que iba a ser mi víctima esa noche.

—Gabriel... —intenté decir en tono sexy, pero mejor no pensar en el gallo que me salió.

—Buenas noches, Patri. Estás muy guapa esta noche.

—Gracias... No sabía que ibas a venir.

—Me gustó el sitio. Te felicito, hacéis un gran trabajo.

—Lo intentamos.

Sonreí. ¿Y ahora qué?, pensé. Miré a mi alrededor.

—¿Una copa? —bravo, Patri, no puedes tener más imaginación, pensé con ironía.

Gabriel sonrió, les ofrecí una mesa en la zona VIP a todos y las chicas y yo fuimos a servirles personalmente.

—Mi hermana se ha puesto a reír en plan “jajaja” exagerada mientras le tocaba el brazo y se acercaba mucho a él y tú tenías cara de querer salir corriendo cual ciervo asustado y le has ofrecido una copa. Ahí, pisando seguro. Ujum... —repassó Mili.

—¿Y tú qué has hecho? —preguntó Pili.

—Pues nada, le dije hola, ¿cómo estás? Y estuve pendiente a vosotras.

—Ya... Para eso te dejamos sola con él —Pili puso los ojos en blanco.

—¿Pero no se supone que me estáis enseñando?

—Pero zopenca, aparte de eso, ¿te estamos quitando a sus amigos de en medio! —Pili se había exasperado.

—Ah... ¿Pero si él no me dice nada? ¿Qué le voy a decir yo?

—¿Y esta es la más inteligente de las dos? —ironizó Pili.

Afirmé con la cabeza, sin decirle que yo tampoco había pillado que toda esa estrategia de Pili no era más que una manera de dejar a su hermana a solas con mi hermano.

—¿Lo tenías planeado? —le pregunté al oído.

—Sabía quiénes estaban fuera, controlo las cámaras desde el móvil, ¿recuerdas? —rio como si yo fuera tonta, que lo era.

—Pero ayer...

—Me las ingeniaría para que fuera así —rio.

Joder, pues sí que era lista cuando quería, porque yo ni lo había imaginado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Mili, ya con todas las bebidas servidas.

—Ahora nos tomamos una copa con ello como buenas anfitrionas y aprende de nosotras.

Seguimos a Pili hasta la mesa del reservado en la que estaban los chicos, con sus bebidas por delante, nos quedamos de pie con nuestras bebidas en las manos. Pili nos guiñó el ojo y yo me imaginé el desastre. No me equivoqué, la lio...

—Uy, lo siento —fue a pasar para sentarse cuando le derramó, literalmente, toda la bebida a Paul en los pantalones—. Qué torpe soy, por Dios —dejó su copa vacía en la mesa, se agachó al coger

servilletas y empezó a secarle los pantalones, cual escena de una película. Que hubiera salido perfectamente si no fuera porque no fingió tropezarse, sino que le derramó la bebida directamente—. Ay, Dios, cómo te puse —decía con voz compungida.

—¿Eso es ser sutil? —me preguntó Mili en el oído.

Yo cerré la boca antes de que la mandíbula me llegara al suelo. Miré a Mili y me mordí el labio inferior. Esperando que mi garganta no emitiera ningún sonido ni que mi cara mostrara lo que me estaba pasando.

—¿Patri...? —insistió Mili, a quien también le brillaban los ojos. Sabía que por su culpa, iba a hacer lo que no quería.

—¿Sí...? —pregunté casi gimiendo.

—¿Eso es ser sutil? —repitió.

Miré a Pili, agachada, sobre sus rodillas, limpiando el pantalón de Paul, quien no paraba de decirle que parara por la zona en la que ella tenía la mano... Y no pude aguantar más.

Empecé a reírme a carcajadas.

—Pili, en serio, ya me limpio yo —gimió Paul, el pobre iba a tener un problema si ella seguía tocando de esa manera. Y yo estaba ya doblada de la risa.

—Pero qué torpeza... —seguía ella, erre que erre.

Mi hermano me miró con las cejas enarcadas, preguntándome silenciosamente y yo negué con la cabeza, no podía parar de reír.

No sé cómo lo hizo, pero Pili consiguió llevarse a Paul de allí, a las oficinas para que se secara el pantalón.

—Ay, Dios —me limpié las lágrimas cuando pude y miré a Mili.

—¿Y ahora qué? ¿Ya ganó ella?

No quería decirle que seguramente sí, porque esos dos iban a acabar con sexo, pero negué con la cabeza, ya animada y me bebí la copa de un solo trago.

—Aprende cómo ser sutil —le dije antes de sentarme. Le hice señas a Mili para que se sentara al lado de Carlos y empecé una conversación con ellos dos, sabiendo que mi próximo objetivo era llevarme a Gabriel de allí y dejar a los otros dos solos. Cómo lo iba a hacer, no lo sabía...

—¿Desde cuándo tiene Parkinson? —preguntó mi hermano, mirándome, refiriéndose a Pili y haciéndome reír aún más.

—Es solo que hoy no está muy bien —dije como pude.

—Nunca ha estado bien. ¿Os acordáis cuando, de pequeña, la liaba en cualquier sitio al que íbamos?

—Sí —rio Mili—. Siempre me dejaba en vergüenza.

—Bueno, tú no puedes hablar mucho porque siempre eras la que la picaba para que hiciera las cosas —le dijo mi hermano.

—¿Yo?

Sonreí, si yo sabía que desde siempre había estado pendiente a ella, así que se hacía el tonto, ¿no?

—Sí, tú, ibas por detrás, pero como tienes la cara de un ángel, nunca nadie te culpaba, pero te teníamos bien calada.

Eso derivó en una conversación entre ellos.

—Fue más fácil de lo que imaginé —suspiré, demasiado alto.

—Está colada por tu hermano —la voz de Gabriel en mi oído me hizo temblar.

Giré la cara y lo miré.

—Sí, eso parece.

—Ha sido así desde siempre. Pero es demasiado tonto para ver que él también de ella.

—¿Qué dices?

—Vamos, eres su hermana, siempre se le ha notado.

—¿Ah, sí? —volvía a sentirme gilipollas, porque yo no me había dado cuenta de nada.

—Al parecer te cuesta darte cuenta de las cosas —me miró fijamente y yo tragué saliva, ¿a qué venía eso?

—¿Y de qué tengo que darme cuenta? —dije con toda la cara dura del mundo, sacando mi lado borde y ese que no dejaba que saliera a menudo, pero que no permitía que un hombre me intimidara en ningún sentido.

—¿Quién era el siguiente? ¿Yo? —preguntó a su vez.

—¿Perdona?

—No necesitas juegos para tener algo conmigo, Patri, solo pídemelo.

Se me iba a caer la mandíbula de nuevo, ¿pero sería...?

—¿Qué te hace pensar que yo quiero algo con un creído como tú? —le pregunté de mal humor. Pero sería imbécil...

Gabriel rio y esa risa me hizo cerrar las piernas inmediatamente.

—Solo pídemelo —me dijo al oído.

Me quedé mirándolo y me levanté, marchándome a por una copa antes de soltarle cuatro frases bordes a ese chulo de playa.

—Pero habrase visto —refunfuñé por el camino a la oficina que compartía con mis amigas y socias—. ¿Quién se ha creído que es? ¿O es que se piensa que yo babeo por él? ¡Pues va listo! —abrí la puerta y grité. Encima de la mesa de Pili estaba la misma Pili, con

las piernas abiertas y Paul entre ellas y gruñí, ¡yo no necesitaba ver más! —cerré de un portazo y me fui a la barra, me tomaría la copa allí.

—¿Estás bien? —me preguntó David.

—Una mierda es esto, te lo digo.

—¿Va algo mal?

—Sí, los hombres, eso va mal... —cogí un vaso y lo llené de whiskey. Me lo bebí de un trago, a la mierda si me emborrachaba.

—¿Te hizo alguien algo?

—Eso se piensa él, sí...

Maldito idiota, pensé. Pero lo peor de todo es que no estaba enfadada con él, sino conmigo misma. Se me habían caído las bragas al notar su aliento en mi oído. Me habían entrado escalofríos y si llego a estar más bebida, en vez de tomármelo mal, seguro que... ¡Hasta se lo pido!

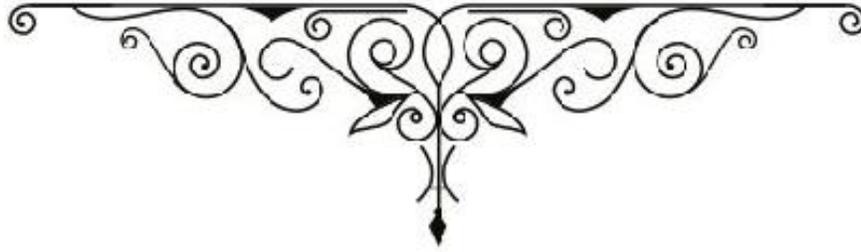
Menos mal que no estaba ni borracha ni tan desesperada, porque a mí los tíos que iban tan seguros de sí mismos, no me gustaban en absoluto.

Desaparecí esa noche de la vista de todos le dije a David que avisara a las mellizas de que me sentía mal y me iba a casa. Había bebido demasiado para olvidar las sensaciones que Gabriel me había hecho sentir. Cogí un taxi, que me salió una pasta, llegué a casa y me acosté.

Estaba indignada porque podía mentirle a él, pero la verdad es que estaba deseando pedirle eso que me había ofrecido. Y eso solo podía significar una cosa: ese hombre me interesaba demasiado si estaba dispuesta a rogar por sexo.

Y no sabía cómo, él se había dado cuenta...

Capítulo 7



Las cinco de la tarde del día siguiente y mis amigas aún seguían sin levantarse. Fruncí el ceño, algo no iba bien. Subí al piso de arriba y llamé al dormitorio de Pili. No contestaba, así que abrí la puerta y, ¿dónde estaba? La cama vacía y no deshecha.

Puse los ojos en blanco, ¿en serio?

Pero Mili no era así, Mili tenía la regla de las cinco citas. Hice lo mismo y me quedé de piedra cuando vi que su cama tampoco estaba deshecha. Ahí sí me preocupé. Que Pili durmiera fuera era algo normal, ¿pero Mili? Mierda, millones de pensamientos se me pasaron por la mente. Fui a buscar rápidamente mi móvil al salón, en la planta de abajo. No había terminado de bajar las escaleras cuando oí cómo la puerta de casa se cerraba.

Bajé el último escalón y me crucé de brazos mientras las miraba.

—Me habéis asustado...

—Hola, Patri —Mili vino feliz hacia mí y me abrazó.

—¿Y tú por qué estás tan feliz?

—Tu hermano —suspiró.

—¿Mi hermano?

—Sí —rio Pili—. La acabo de recoger de casa de tu hermano.
Ya ves...

—¿En serio? —pregunté con los ojos abiertos de par en par.

—Pues sí —parecía una quinceañera enamorada, y es que eso era en realidad.

—Bueno, pues sí que ha sido rápida la cosa —suspiré—. Mejor, así ya no me metéis en problemas.

—Bueno, verás...

Elevé las cejas y me fui a la cocina a tomar algo.

—Nada que ver. Supongo que tú pasaste la noche con Paul, esta se ha saltado su regla de las cinco citas con mi hermano y lo entiendo, porque con él eso ya no tenía sentido. Pues a disfrutar de eso —cogí una lata de refresco y me senté a la mesa de la cocina—. Así me dejáis más de una noche en paz.

—Pero es que no te vamos a dejar en paz —aclaró Pili.

—¿Por qué no?

—Ya he organizado todo para que nos cubran esta noche, nos la tomamos libre. ¡Nos vamos de cena en parejas!

—¿De cena en parejas?— ¿de qué estaban hablando?

—Sí. Anoche, como no te encontrábamos, pues decidimos quedar los seis para salir esta noche. Gabriel ofreció su casa.

—Ya entiendo —dije sin entender nada.

—Sí, así que en un par de horitas nos vamos —sonrió Mili.

—No, de verdad, yo prefiero ir a trabajar, tengo atrasado...

—Venga, Patri, ¿qué pasa? —preguntó Mili.

—Nada...

—Le gusta Gabriel —dijo Pili.

—No me gusta —me atraganté con la bebida.

—Te gusta, como tú a él. Insistió mucho en esta cena y está claro que quiere verte. Reconoce que te gusta —insistió Mili.

—A ver, es que no entiendo nada. Resulta que aquí armamos un plan para que Mili esté con mi hermano, un plan que además funciona y que... —me callé y me quedé mirándolas. Estaban carraspeando y mirando para otro lado—. ¿Qué hay aquí que no sé? —algo me estaba dando mala espina.

—Nada —dijeron a la vez y rápidamente, más mala espina me dio aún.

—Escupid —les advertí—. Porque os juro que llamo a mi hermano y tengo cómo hacerle chantaje y enterarme.

Las dos se miraron y volvieron a mirar a otro lado.

—Tu te has acostado con Paul porque os vi —dije con cara de asco.

—Sí, claro —afirmó Pili y suspiró—. Y me he enamorado.

—Oh, cómo no —rio Mili.

—Entonces... —las miré de nuevo, intentando entrar en sus mentes enfermas— ¿Mi hermano y tú?

—Bueno... Tampoco pasó mucho —reconoció Mili.

—¿Qué significa que no pasó mucho? —insistí.

—Pues charlamos un rato...

—Mili, calla —le advirtió Pili.

—Si es que se va a dar cuenta —torció el gesto.

Pili puso los ojos en blanco y yo gruñí.

—A ver, Patri. La verdad es que no había ningún plan conmigo —suspiró Mili.

—¿Cómo que no?

—A ver cómo te explico... Por dónde empiezo...

—¿Por el principio? —iba a empezar a desesperarme.

—A ver, es que yo no era exactamente el plan desde el principio —carraspeó Mili.

Pili se levantó, cogió una lata de cerveza y suspiró diciendo:

—Se va a liar gorda...

—Siempre la lias y yo siempre caigo, así que no me extrañará nada —dije suavemente—. Explica, Mili.

—Gabriel está interesado en ti, nos dimos cuenta y vimos que tú en él también, pero como sabemos lo estrecha que eres, pues decidimos darte un empujoncito y bueno, pues me puse de excusa.

Mi cabeza iba a mil por hora intentando unir las piezas.

—¿Y esto es solo cosa vuestra? —pregunté.

—Pues más o menos, pero Paul y Carlos nos ayudaron un poquito —dijo Mili con cara de culpabilidad.

—Ya entiendo... ¿Y Gabriel sabe algo? —porque ya lo que me quedaba por tener era un sí a eso para ponerme a chillar como loca.

—No, ha sido cosa nuestra ayudarte un poco.

—¿Ayudarme a qué, Mili? —pregunté exasperada— No necesito ayuda, no soy una mojigata y si me quisiera tirar a Gabriel, se lo pido y ya.

Las dos me miraron incrédulas.

—No sé yo —rio Pili.

—Lo que yo no sé es ¿por qué os metéis en mi vida de esa forma! Joder, que me he creído que estás loca por mi hermano aún.

—Y lo estoy, pero tampoco es que muera de amor, solo exageré un poco. Además, estamos hablando para la cita número dos —dijo con los ojos brillantes.

—Y yo me he enamorado —suspiró la otra.

Las iba a matar. Porque no entendía nada.

—¿Habéis liado un teatro para que Gabriel y yo nos quedemos solos porque pensáis que me gusta y que yo, por mí misma, no llegaría a nada más? ¿Es eso?

—Básicamente —dijo Pili.

—Sí —dijo Mili.

—¿Y por qué? Explicadme por qué porque no lo entiendo...

—Siempre dices que estás bien. Que no necesitas ni sexo ni un hombre. Eso no es así, Patri. Pero no se te puede decir nada porque te pones hecha una fiera. El problema es que sigues teniendo miedo al amor. Ves nuestras historias y piensas que acabarás igual, te metes en tu burbuja de buscar al hombre perfecto que no existe y te cierras a todo. Se te iluminaron los ojos cuando viste a Gabriel, ese hombre te gusta. Solo intentamos darte un empujoncito para que disfrutes un poco.

Miré a Pili cuando terminó de hablar y pestañeé. No sabía que esa era la opinión que tenían de mí.

—No es que pensemos eso —dijo Mili leyéndome la mente—. Es lo que demuestras. No queremos buscarte pareja ni mucho menos, eso es cosa tuya. Pero sí tenemos que obligarte a vivir un poco, a conocer gente, a tener posibilidades de enamorarte.

—¿Y si no quiero eso?

—Pero lo quieres, no te mientas a ti misma —sonrió Pili.

Sí, claro. Quería una pareja, pero estaban exagerando las cosas.

—Yo no tengo problemas en tener citas o conocer gente. No en estar soltera. Ni soy seria y una estúpida sin amigos. ¿Y por qué Gabriel, además?

—¿Por qué no? —Mili se encogió de hombros.

—Porque es el único hombre con el que te han temblado las piernas —dijo Pili rápidamente.

Eso era verdad, pero no por ello tenían que liarla para tenernos a los dos cerca. Además, él era gilipollas, me lo demostró la noche anterior.

—Es gilipollas y un creído —les aclaré recordando su forma de tener la seguridad de que yo quería algo más con él.

—Que no te pedimos que tengas nada con él. Solo que te animes un poco con nosotras. Y si echáis un polvo, pues ¿qué más da? —rio Pili.

—¿Entonces para qué liais todo esto? —pregunté exasperada.

—Para que te quites las telarañas, hija mía, que todo hay que decírtelo claro —resopló Mili, perdiendo la paciencia.

—En hora y media hemos quedado, así que dejad la charla y a vestirnos —advirtió Pili, yendo hacia el piso de arriba. Su hermana la siguió y yo me quedé pensando.

¿En qué momento me había vuelto una aburrida? Yo siempre era el alma de la fiesta. Vale que no me había hartado de sexo con desconocidos, pero porque no era algo que me llenara. Pero coño, que tampoco era virgen. Y sí, estaba muy centrada en mi trabajo, pero no era obsesión.

Además, era divertida, ¿no?

Pues seguía sin ver dónde estaba el problema para que esas dos locas creyeran que tenían que liarla para que yo me desinhibiera. Ahí había algo más que no me estaban contando, seguro. Y algún día me enteraría.

Eso sí, si ellas creían que podían llamarme sosa así y no tener consecuencias, iban a flipar. Porque iba a ser la loca de siempre. La que no controlaba lo que decía. Y, ¿por qué no? Sexo por sexo.

Y para el sexo el mejor era Gabriel. Me lo había ofrecido, ¿no? Pues listo. Yo no iba a enamorarme de un tío gilipollas como ese.

Pero un polvo, como decían mis amigas...

Me levanté refunfuñando. Ya me habían picado. Si es que yo creo que se inventaban la mayoría de las cosas porque como yo estaba en la parra, no me enteraba de nada. Y así siempre conseguían llevarme a su terreno.

Pues nada, si querían ver a la loca de la Patri, les iba a enseñar quién era. A esas dos y al imbécil del otro. Que si pensaba que era yo quien iba a pedirle el sexo... Es que no me conocía.

Ahora sí que iba a sacar la seducción y a ponerlo desesperado. Porque iba a ser él, por mis santos ovarios para bajarle un poco la chulería, quien me iba a pedir, con por favor incluido, una noche de sexo.

Me fui a mi habitación y rebusqué en el armario lo más sexi que tenía. Minifalda, camisa de tirantes con escote, el sujetador con wonderbra... A ponerte cardíaco, Gabriel.

Y a ver si ese par de locas se callaban de una vez por todas.

Solo esperaba que mi plan no fuera en mi contra. Que fuera capaz de llevarlo a cabo y de poder tener, de una vez por todas, solo una sesión de sexo con alguien más.

Bah, ese hombre no querría nada más de mí, seguro. Como todos, eran hombres... Pensaban con la po*** Así que me iba a poner a tiro, a disfrutar, si lo conseguía, de un buen alivio, de

quitarme las telarañas que ya estaban en un punto extremo y sin sentimientos. Si ellas lo hacían, ¿por qué yo no?

Me fui al baño, pensando: tú puedes, Patri, dale alegría al cuerpo y, por Dios, solo una vez que la liamos y no me quiero enamorar de semejante engreído.

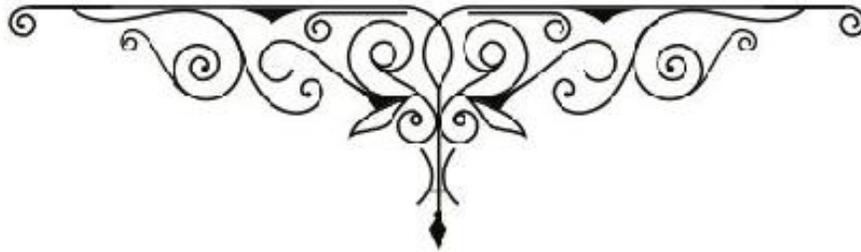
Me duché, me arreglé y bajé. Las dos me miraron con una enorme sonrisa en la cara cuando me vieron aparecer.

—Madre mía... Esto me va a traer problemas —pensé saliendo de casa.

Solo esperaba equivocarme.

Capítulo 8

Gabriel



Me senté en mi sillón favorito a tomarme una copa. Desde que la había visto esa noche, no me la había podido quitar de la cabeza. Sonreí cuando recordé cómo las mellizas se acercaron a mí al darse cuenta de mi interés por su gran amiga. Siempre habían sido así, pendientes a todo. Ya de niños me hacían el interrogatorio pensando que yo estaba enamorado de ella.

Y algo, como niño que era, sí había sentido. Una especie de debilidad.

En todos estos años fuera, se me vino a la cabeza muchas veces. Sobre todo cada vez que hablaba con su hermano. Me mantenía al tanto de su vida, pero nada más. Eso y las fotos que veía de ella en las redes sociales de su hermano cuando lo etiquetaba en alguna.

Siempre fue como mi amor platónico y ahora, años después, una desconocida que me había dejado con la boca abierta.

En el momento en que la tuve delante, no pude evitar darle un repaso. Y la noche anterior... Cómo me excité cuando me acerqué a ella para hablarle al oído y picarla. Me la había jugado, quedando

como un tremendo gilipollas y arriesgándome a que me mandara a la mierda.

Pero yo no era un inexperto con las mujeres, sabía que entre ella y yo, nada más vernos, algo había ocurrido.

Y yo no iba a desaprovechar la oportunidad que la vida me estaba dando.

Así que viendo que sus inseparables amigas estaban al tanto, me las ingenié para que notaran mi interés. Sabiendo, de más, que provocarían algo para acercarme a Patricia.

Cuando, un rato después, les abrí la puerta y la vi vestida, supe que no me había equivocado. Porque de la forma que venía vestida y que me miró, me dio a entender, demasiado bien, que sus amigas la habían picado un poco.

Si es que no cambiaban ni con el paso de los años.

Fui a la cocina para coger una botella de vino y me encontré con Carlos en la puerta. Estaba apoyado en ella, con los brazos cruzados.

—No juegues con ella, es mi hermana —me dijo muy serio.

—¿Jugar con ella?

—Venga, Gabriel. Te conozco bien. Y la conozco a ella. O eso creía porque no sé cómo viene vestida así, como la que va de cacería. Pero ya la pillaré... Me preocupa, es mi hermana.

—Tu hermana es adulta.

—Sí. Y tú. Y os conozco a los dos, por eso mismo te lo digo.

—No sé qué imagen tienes de mí, pero... —me quedé mirándolo seriamente.

—No es la imagen que tenga de ti, Gabriel. Es lo que traes a cuestras, ¿recuerdas?

—¿Eso me haría indigno de tu hermana? —pregunté con rabia y dolor.

—No, para mí no. Pero eso significaría que entre vosotros habría algo. Que tendrías que contárselo, además. Desde el principio. Pero insisto, sería que habría algo.

—Eso es cosa mía. Entiendo que es tu hermana y te preocupas por ella, pero yo no he pasado los límites.

—Oh, por favor, soy hombre. He visto cómo la miras, sé cómo te mira ella. Tienes, además, de tu parte a ese par de locas rubias. No voy a meterme en si mi hermana quiere echar un polvo con alguien.

—Pero te preocupa que sea conmigo.

—No, no me preocupa eso. Me preocupa que sé cómo es ella y no es de tener sexo por sexo. Aunque ni ella misma lo sepa, si está contigo una sola noche es porque siente mucho más.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente? ¿Que no la toque?

—Que si solo es para una noche, te alejes de ella. No quiero que sufra.

—¿Y crees que puedes controlar eso?

—No... Pero puedo hablarlo contigo como amigo. No la hieras, lo que llevas a las espaldas le haría daño si no se lo cuentas.

—Estás exagerando, Carlos...

—Eso espero, de verdad que lo espero. ¿Pero sabes qué veo que va a pasar? Os acostaréis, ella querrá más, tú querrás más y te callarás por miedo y yo veré cómo sufrís los dos por una historia que no puede ser posible.

—Sí puede ser posible.

—Sabes que por ahora no —dijo con tristeza.

Apreté la mandíbula, pero sabía que tenía razón. Lo miré seriamente a los ojos.

—No la quiero para solo un rato —le aseguré y vi, en parte, el alivio en sus ojos, por otra parte el miedo.

—Lo sé, Gabriel. Para ti siempre ha sido ella —dijo dejándome con la boca abierta—. Pero éramos niños, después solo eran fotos... —rio— Te conozco bien, mejor de lo que crees. Pero vais a sufrir.

—¿Me tengo que separar de ella por eso?

—No lo sé... ¿Estás dispuesto a ser sincero con ella desde el principio? Porque si no es así, os veré sufrir a los dos.

—Solo dame algo de tiempo, pero no me prohíbas que me acerque a ella.

—Yo no puedo prohibirte —levantó las manos en señal de rendición—. Ni a ella que se acerque a ti. Solo te pido que no la hieras. Si solo es para una noche, no la toques. Si es más... Seré el paño de lágrimas de los dos cuando... —se calló, no hacía falta que me dijera qué era la mochila pesada que yo llevaba aún a cuestas.

Se marchó de allí y suspiré. Él tenía razón, si ella terminaba conmigo, iba a sufrir hasta que yo pudiera ser libre y sincero.

Volví al salón y la miré. El corazón me dio un vuelco. Yo no podía dejarla. Y yo no la quería para una noche.

Me arriesgaría, sabiendo que era indigno y que no sería sincero. Me arriesgaría aun a costa de perder a mi abogado y amigo.

Y me arriesgaría porque estaba seguro de que, por ella, merecería la pena.

Esa mujer sería para mí, y ni ella misma lo sabía todavía.

Capítulo 9



Cuando me encontré con Gabriel esa noche, me desinflé. Todo lo que se me había pasado por la cabeza de que podía tener una simple aventura de un rato de sexo se fue al traste. Ya estaba arrepentida de cómo vestía y de lo que se me había pasado por la cabeza.

Seguía nerviosa aún con tres copas de vino en el cuerpo. Él volvía a ponerme nerviosa, me temblaban las piernas cuando nuestras miradas se encontraban. Incluso olvidaba en ese momento lo gilipollas y engreído que era.

La cena había sido perfecta, se notaba que Gabriel estaba acostumbrado a ser el anfitrión. Me gustaba ver a las chicas riendo. Pili tonteando de nuevo con Paul y Mili... Mili sonreía cuando hablaba con mi hermano y los ojos le echaban chiribitas. Y a él, por primera vez, lo vi receptivo. Lo vi convertido en ese ligón que solía ser.

Sonriendo, salí al jardín trasero. Gabriel tenía una casa allí impresionante. Un enorme chalet de dos plantas con unos jardines que quitaban el aliento.

—Entonces somos los sujetos de la velada...

Di un pequeño bote cuando Gabriel habló y me giré a mirarlo.

—Sí, eso parece —sonreí. Me giré de nuevo y volví a mirar a la luna. Estaba casi llena, impresionante en su magnitud. Brillante...

—Sabía que el pub tenía éxito, tu hermano me contaba las cosas. Pero me sorprendí al ver que no exageraba —se colocó a mi lado, se apoyó en la barandilla y me miró.

—Hemos trabajado duro por años.

—No lo dudo —sonrió—. Levantar un negocio no es fácil. Y ya hacer que tenga éxito menos todavía.

—Bueno, mis estudios sirvieron para algo.

—¿Marketing y Publicidad? Claro. Pero también hay que tener cerebro para ello.

—¿Cómo sabes lo que estudié? —sí que estaba al día de las cosas.

—Tu hermano trabaja para mí —se encogió de hombros—, estoy bastante enterado de tu vida.

—Mi hermano es un bocazas —puse los ojos en blanco.

—Solo se preocupa por ti —lo vi apretar un poco la mandíbula en ese momento, pero sonrió después—. Y la verdad es que no tiene mucho con lo que quejarse de ti.

—Tú sabes todo de mi vida, juegas con ventaja. ¿Y qué hay de la tuya?

Le dio un sorbo al vino y me miró fijamente.

—Me fui a Londres. El cambio fue muy difícil. Mi madre lo llevó mal porque mi padre estaba todo el día trabajando y ella sola, conmigo, en un país extranjero y con otro idioma. Me costó adaptarme, pero el tiempo hace milagros. Seguí los pasos de mi padre, ahora mismo soy yo quien lleva los negocios, él ya se jubiló, se la pasa viajando con mi madre... Y poco más.

—Parece una vida muy aburrida, no es eso lo que me había llegado de ti —fruncí el ceño, bromeando.

—Tu hermano es muy bocazas —me recordó.

Me reí, buen punto para él.

—Tu risa es igual.

Sus palabras me dejaron cortada. Lo miré a los ojos, sabiendo que me estaba poniendo algo roja.

—¿Me estás diciendo que aún me río como una foca? —torcí el gesto, recordando que se metían conmigo de pequeña con eso.

—Eso era cosa de tu hermano, no ríes ni reías así —rio y negó con la cabeza.

—Mi hermano fue un capullo —resoplé, recordando la de veces que se había metido conmigo o con las gemelas.

—Era el mayor, además hombre. Y su hermana pequeña lo perseguía a todos lados —me recordó Gabriel con diversión—. Poco te hacía.

—Bueno, pero logré convertirme en vuestro grano en el culo —le saqué la lengua.

—No, a cabezota nunca te ganó nadie.

Nos reímos con las anécdotas, recordando los viejos tiempos.

—Es extraño esto —le dije.

—¿Qué es extraño?

—Estar así, contigo. Como si no hubieran pasado los años.

—Ah, pero pasaron. Y muchos...

—Tampoco tanto, que no tengo ni una arruga —me hice la ofendida—. Es bonito recordar y ver que no eres el gilipollas que pensé —me callé rápidamente, maldiciéndome mentalmente por no ser capaz de poder cerrar la boca.

—Vaya, eso es un halago —rio.

—Bueno, no tengo la culpa de que en el pub te comportaras como un gilipollas —era la verdad, para qué negarlo.

—¿Así me comporté? —él estaba de lo más divertido.

—Peor, como un creído y un capullo —reconocí poniendo cara de asco.

—Pero te gusto.

Oh, mi Dios, resoplé de nuevo. Ahí estaba ese lado de él que me caía como una patada en los ovarios.

—¿Ves? Ya tardaba en aparecer el capullo del barrio.

—¿Por decir que te gusto?

—Por creer que me gustas y darlo por hecho —le aclaré.

—Pero es que lo tengo claro.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué? —pregunté en el mismo tono bromista que él.

—Se te nota, Patri —dijo con la voz, de repente, ronca.

—Se me note o no, no es algo que se diga —casi tartamudeé, nerviosa.

—¿Por qué no? Tenemos confianza, ¿no?

—Hombre, tanto como eso... —me descojoné de la risa, la verdad— Nunca, jamás, le digas a una mujer eso.

—Tampoco creo que importe, no creo que vuelva a haber otra mujer más.

Lo dijo tan serio que no sabía a qué se estaba refiriendo.

—¿Y eso? ¿Vas a abrazar la fe y convertirte en cura? —no podía dejar de reír.

—Cuando estemos casados no creo que me dejes mirar a otra. Ni creo que a mí me apetezca tampoco —se encogió de hombros.

Si llego a estar bebiendo en ese momento, me atraganto y me muero allí mismo. Lo miré con cara de ¿qué dices? ¿Estás loco? Buscaba la diversión en sus ojos, ya que en su tono de voz y en su cara no veía indicios de que bromeara.

Pero yo en su mirada no veía nada que me llevara a pensar que estaba bromeando.

—¿Casarme contigo? Sabrás la respuesta el día que me lo pidas —dije chulescamente.

—Me lo pedirás tú, como me pedirás que te toque —se acercó un poco a mí y me dijo en el oído— cuando ya no puedes aguantar más.

De los mismos nervios, me puse a reír.

—Me conoces muy poco entonces.

¿Yo pedirle algo? ¡Ni un simple beso!

—Te conozco mejor de lo que crees. Y empezarás a pedir antes de que acabe la noche.

Se marchó y me dejó así. Pestañeé varias veces. Y una mierda si él pensaba que yo le iba a pedir que me besara. Pero qué se creía, ¿que estaba desesperada o qué?

Lo vi marcharse y entrar en la casa y me quedé maldiciéndolo. Si pasaba algo entre los dos, sería él quien lo pidiera, yo no era ninguna buscona. Miré mi cuerpo, la ropa que llevaba e hice una mueca con los labios mientras ponía los ojos en blanco.

Joder, Patri, si es que con esta ropa es normal.

Toda la culpa la tenían el par de locas que me habían dejado la cabeza hecha un cacao.

Entré en la casa y me uní a las risas que compartían mis amigas.

—Patri... Estamos hablando de escaparnos unos días —dijo Mili al verme.

—¿Escaparnos dónde?

—Un viaje exprés, solo un fin de semana. ¡Fiesta! —gritó Pili.

—¿Un fin de semana? ¿Las tres?

—Ah, no, no te pongas en modo trabajadora incansable, llevamos meses sin coger vacaciones —me advirtió Pili.

—Ya lo sé, pero no sé si te recuerdo que no podemos dejar el negocio ahora —le recordé, la zona VIP aún necesitaba mucho trabajo hasta que rodara sola.

—Pero está David, no hay problema —dijo Mili.

—¿Dejar a David solo con todo? —a ver, era bueno y confiaba en él, pero dejarlo por varios días.

—Solo serán tres días, y uno de ello no abrimos, no exageres —suspiró Pili.

—De dos hemos pasado a tres —resoplé.

—Venga, solo esta vez. Pero nos lo merecemos —Mili me miró con la cara ilusionada.

—Tengo una casa en la playa, no hace falta que nos vayamos muy lejos —intervino Gabriel—. Podemos pasar el fin de semana allí, de relax.

—Me parece perfecto —dijo Paul con su acento inglés.

—Por mí bien si mi jefe me deja el lunes libre —rio mi hermano. Todos me miraron a mí.

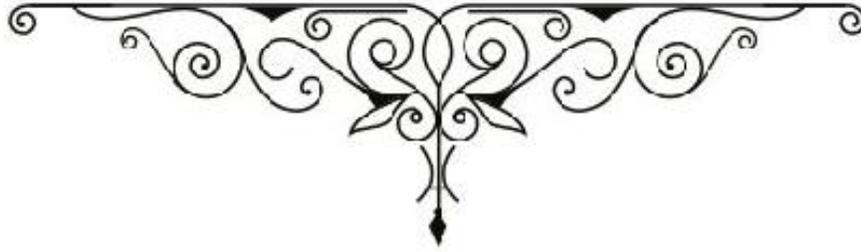
—¿A qué hora salimos el sábado? —pregunté resignada.

Las chicas gritaron y se abrazaron a mí, haciéndome reír. Miré a Gabriel, quien me guiñó un ojo, poniéndome nerviosa. Un fin de semana con él. Durmiendo cerca. Teniéndolo cerca veinticuatro

horas. Con lo que ese hombre me provocaba. Iba a ser un fin de semana complicado si lo único que yo no quería era pillarme por él.

Rellenamos nuestras copas y brindamos por lo bien que lo íbamos a pasar. En dos o tres días estaríamos de camino a la casa de la playa.

Capítulo 10



—Siempre tan responsable...

Me sobresalté al escuchar la voz de Gabriel entre las sombras. Había ido al baño y salía de él, el pasillo estaba oscuro y me asusté al oírlo.

—Mierda —dije con la mano en el pecho, me apoyé en la pared para coger un poco de aire—. ¿Quieres que me dé algo?

—Sí —apareció de entre las sombras—, pero no de esta manera —dijo sensual.

—¿Me has seguido?

—Quizás... No he tenido posibilidad de estar un rato a solas contigo —se paró delante de mí y a mí, que ya se me había pasado el susto, me temblaban las piernas por tenerlo tan cerca.

—Me lo podías haber pedido antes de acecharme cual acusador —lo acusé.

—Creo que te dije que serías tú la que pedirías todo —sonrió.

—Se va haciendo tarde, nos iremos pronto.

—Lo sé... ¿Y te vas a ir sin que te toque?

Tenía ganas de decirle que no, porque llevaba toda la noche deseando que lo hiciera. Pero es que me parecía tan...

—¿Siempre eres tan gilipollas, Gabriel? ¿Te funciona esta técnica con las mujeres? Porque si es así, conmigo te equivocas —le dije enfadada.

—¿Qué técnica es esa? —preguntó divertido.

—Las de dártelas de chulo de playa, creyendo que suspiro por ti y que me muero por pedirte que me toques como si yo estuviera desesperada. Me parece que no me conoces nada y me da pena si alguien cae así, a tus pies, siendo tan machista.

Soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—La verdad es que es la primera vez que uso esa “técnica” y no, no te veo desesperada. En realidad soy yo quien está desesperado por tocarte.

—Oh... —me quedé blanca, sin saber qué decir.

—Sí, oh... —sonrió.

—Y si eres tú, ¿por qué estás tan seguro de que te lo voy a pedir yo?

—Porque no lo haré si no es así —se encogió de hombros.

—Contigo no sé a qué agarrarme, no te entiendo... —suspiré— Lo mismo parece que eres imbécil, que te conviertes en un encanto. Igual pareces un acosador que ahora me dices que mueres por mí —puse los ojos en blanco, riendo por haber tenido la cara de decirle eso—. Eres todo un enigma.

—Creo que contigo estoy siendo bastante transparente —se metió las manos en los bolsillos, ese gesto no se me pasó desapercibido—. He querido tocarte desde que te vi. Quiero besarte. Y sé que te pasa lo mismo.

—¿Por qué tan seguro de eso? —pregunté chulescamente.

—Por cómo se comporta tu cuerpo cuando me tiene cerca. Pero te conozco, eres demasiado orgullosa para reconocerlo —sonrió.

—Crees conocerme, que es diferente.

—¿Y en qué me equivoco? —se acercó algo más a mí, yo intenté moverme para atrás, pero ya estaba más que apoyada en la pared, no tenía salida.

—En que crees que muero por estar contigo —reí.

—Si no es así, no te molestaré más. Tal vez mi percepción es equivocada. Tal vez cuando veo cómo te tiemblan las piernas cuando me tienes cerca no es más que por tu timidez —se acercó un poco más a mí, pero sin tocarme—. Tal vez, cuando veo cómo me miras, con el deseo en tus ojos, no es más que mi imaginación. Tal vez, —susurró con sus labios cerca de los míos— cuando veo cómo te lames los labios cuando estoy así, como ahora, cerca, no es porque estás deseando que te bese —se echó un poco para atrás—. Tal vez todo eso no es más que mis ganas de que sea así y sientas lo mismo que yo.

Tragué saliva y me paré antes de cerrar las piernas, excitada.

—Gabriel... Exageras —carraspeé.

—Tal vez... Entonces mejor no vuelvo a acercarme a ti.

Se fue a dar la vuelta y habló.

—Tampoco hay que exagerar —no sabía qué decirle para no darle la razón y para que tampoco se fuera en ese momento.

—Entiendo un no, Patri, no es necesario insistir.

—Tanto como un no... —gruñí cuando terminé de decirlo, acababa de meter la pata hasta el fondo.

—No es no, siempre —afirmó y me gustó oírle eso—. Pero no sabes cómo me hubiera gustado que hubiera sido un sí —dijo con voz ronca—. Un sí para poder besarte. Un sí para poder tocarte. Un sí para hacerte mía... —cada palabra que decía me ponía más cardíaca— Pero uno sabe aceptar un rechazo.

—Gabriel —lo cogí del brazo para que no se fuera. No sabía en ese momento en qué pensaba. O tal vez era eso, que no estaba pensando, pero solo quería que se quedara ahí, provocándome esas sensaciones—. Me sigues pareciendo un gilipollas —solté.

—¿Eso es bueno? —rio.

—No —resoplé. Cogí aire y lo miré. Quería que me besara como él quería besarme, incluso había ido con la idea de ser una femme fatale, pero a la hora de la verdad yo no era tan descarada. Y por más que lo deseara en ese momento que él había provocado, no sabía cómo pedírselo sin sonar como una ofrecida—. No sé...

—Tranquila, Patri —con una de sus manos, acarició mi cara de modo fraternal—. Sé aceptar un rechazo, no cambiará nada entre nosotros.

—Joder... No te estoy rechazando. Es que no sé... —dije con sinceridad— No sé cómo hacerlo.

—¿Hacer qué? —se acercó más a mí.

—Decirte que yo también quiero lo mismo que tú —susurré.

La sonrisa torcida de Gabriel me hizo suspirar.

—Solo dilo —susurró.

—Yo también lo deseo desde que te vi —dije con dificultad después de coger aire.

—Dilo —su voz ronca, sus labios casi sobre los míos, pero sin llegar a tocarlos.

—Gabriel...

—Dilo...

—Bésame —dije casi en un ruego, en un sonido casi inaudible que se tapó con el gemido de él cuando sus labios rozaron los míos.

Me besó, sin precalentamientos, sin cortarse. Devorando mis labios, haciéndome gemir.

Levanté mis brazos y agarré su cuello, sus manos alrededor de mi cintura, pegando su cuerpo al mío.

No podíamos ni respirar, nos mordíamos los labios, nuestras lenguas enfrascadas en una batalla de conocimiento de la boca del otro.

—Dios... —gemí cuando pude coger aire.

—Quiero más —dijo él.

Yo también, pensé, pero no era ni el momento ni el lugar. Aún así, lo besé. Pegué mis caderas a las suyas, diciéndole sin palabras que yo también. Aplastó su cuerpo contra el mío, pegándome por completo a la pared. Se movió, mientras yo abría las piernas, para colocar sus caderas y embestir contra mí, mostrándome cuánto más quería él.

—No podemos... —estaba más que desesperada en ese momento, esa era la verdad.

Gabriel siguió incendiando mi cuerpo. Su mano subió hasta mi pecho, lo cogió y lo apretó.

—Te deseo —dijo entre gemidos.

Y yo a ti, pensé. Pero no podíamos, no allí. No cuando cualquiera podía aparecer. Y él lo sabía.

Bajé la intensidad del beso hasta que se convirtió en otro muy diferente, más dulce, más calmado... Hasta que Gabriel dejó caer

su cabeza en la mía, frente con frente.

—Tenía que haberlo sabido —dijo con la respiración entrecortada.

—¿El qué?

—Que no sería suficiente contigo —seguía respirando con dificultad—. Que no podría tocarte un poco si no podía terminar con ello.

—Esa es otra frase de gilipollas —reí, provocando su risa.

—Entonces creo que vas a tener que aceptar que estarás en la cama de un gilipollas —rio.

—Supongo que hice cosas peores —seguía riendo.

Gabriel me miró a los ojos, los suyos aún nublados por el deseo.

—Sin embargo, tú eres lo mejor que yo he hecho en la vida —me dijo seriamente.

No supe a qué se refería ni supe qué responder. Me dio un beso en la frente y se apartó de mí.

—No sé cómo voy a mantenerme lejos de ti cuando estén ellos —suspiró.

—Tal vez te pida que no lo hagas —le guiñé el ojo, haciéndolo reír—. Será mejor que...

—Sí, lo sé. Nos vemos el viernes —me dio un beso en los labios.

Con una sonrisa, me fui de allí, para que no nos vieran aparecer juntos. Y aunque parecía ser, por las miradas de todos que sabían que algo había pasado, la verdad es que se comportaron no diciendo nada.

Nos despedimos del anfitrión y volvimos a casa. Caí en la cama y suspiré, recordando los besos de Gabriel.

Y así me quedé dormida.

Capítulo 11



Esa noche no había dormido mucho, me desperté temprano y me senté con mi taza de café. Me quedé ahí, pensativa, mirando a la nada.

Había estado toda la noche pensando en Gabriel y en lo que pasó con nosotros en el pasillo. Sonreí negando con la cabeza, era un gilipollas, lo había provocado todo, pero se lo agradecía, porque yo tenía la misma necesidad de sentirlo que él decía y por la reacción de su cuerpo parecía tener de mí.

Pero algo me tenía desvelada. Había sido un beso, un beso que pedía mucho más. Y eso sí podía ser un problema. ¿Más hasta qué punto?, me pregunté.

No iba a hacerle caso a sus bromas sobre el matrimonio, evidentemente. Y yo sabía lo que quería, sexo con él. Pero el miedo que me daba es: ¿solo sexo? ¿Sería suficiente con eso?

¿Y por qué me estoy comiendo la cabeza con esto?, pensé.

—Porque te la comes por todo —dijo Mili entrando en la cocina, haciéndome ver que lo había preguntado en voz alta.

—¿Y esa sonrisa? —pregunté para cambiar de tema.

—Tu hermano —sonrió—, va pasando las reglas de las citas.

—Vaya, quién lo diría —reí.

—Ay, no sé qué le veo a ese hombre, pero... —suspiró y se fue a servirse su café.

—La verdad es que yo tampoco —dije con asco, y no quería saberlo.

—Es tan...

—No —la corté, se sentó frente a mí y sonrió—. De verdad que no quiero saberlo. Por Dios, que es mi hermano.

La risa de Mili me hizo reír.

—Bueno, ¿y tú? —preguntó.

—¿Yo qué?

—Esperaba que anoche nos contaras algo, pero nos dejaste con las ganas.

—No hay nada que contar.

—Venga, Patri, que soy yo —rio—. Era suficiente con ver cómo traías la cara.

—¿Qué le pasaba a mi cara? —pregunté extrañada.

—Pues que te dejó los morros como Carmen de Mairena —Pili hizo su gran entrada en la cocina.

—Joder, entre mi hermano y esa mujer, me haréis echar el café entero —puse cara de asco.

—Mientras no te dé asco el que te dejó los labios así —rio Mili.

—Ay, dejadme ya. Hay que hablar con David para los días que no estamos.

—Tú tranquila, ya lo hago yo —dijo Pili—. Dejo todo organizado y a Luisa como ayuda. Pero vamos a lo importante —se sentó frente a mí—. Cuenta.

—No hay nada que contar, en serio.

—Pasamos de que es gilipollas a que ayer llegáis los dos con cara de devoraros... Habiendo empezado a hacerlo cuando os comisteis con los ojos desde el primer día. ¿Y no ha pasado nada?

—siguió Pili.

—Exageráis las cosas. Además, ¿no querías que me desinhibiera un poco?

—Es que lo tuyo no fue un poco, a saber cómo acabasteis —rio Mili.

—Oh, por Dios —puse los ojos en blanco—. Solo fue un beso, ya está —reconocí.

—Es decir, este fin de semana arde la ciudad cuando os quitáis las ganas —reía Pili.

—¿Yo me meto en vuestra vida sexual para que os metáis en la mía? —estaba incrédula.

—No es lo mismo —dijo Pili.

—¿Por qué no?

—Porque la que se va a quitar las telarañas eres tú, es algo importante —dijo Mili y yo resoplé.

—No pasó nada, solo un beso, un calentón. Y si pasa algo, tampoco será nada.

—Claro que no, será algo —rio Mili.

—Que os den a las dos —me levanté para irme.

—¿Pero por qué te enfadas? —preguntó Pili, siguiéndome.

—Porque no me dejáis en paz —caí en el sofá y ellas me siguieron.

—Solo nos gusta verte así. Pero esperábamos verte ilusionada. Intentamos entender por qué esa cara agria —dijo Mili.

—No lo entendéis...

—Si no nos lo explicas, no —suspiró Pili.

—Solo fue un beso y quiero más —reconocí.

—Normal... ¿Dónde está el problema? —Pili no entendía nada.

—Joder, ¿y si después de que me acueste con él sigo queriendo más?

—Pues te acuestas otra vez —Pili resopló.

—¿Tienes miedo a enamorarte? —sonrió Mili.

—Ah, entiendo. Pero ella siempre tiene miedo a eso —Pili no le daba importancia.

—No quiero sufrir —dije, esa era la verdad.

—Es parte del amor, Patri. Más se sufre sin sentir, ¿no crees?

Mili tenía razón en eso, pero mi pánico a enamorarme ya era demasiado de siempre, cuanto más si, además, ese hombre con quien corría el riesgo de sufrir era Gabriel.

—Solo deja que fluya. Las cosas van poco a poco. Por un polvo no tienes que enamorarte y si eso llegara a pasar, pues lo disfrutas y ya —Pili se encogió de hombros.

—¿Y si soy la única que se enamora de ese gilipollas?

—Pues entonces... Nos hartaremos de ver Bridget Jones, de palomitas, de chocolate, vino... Y lloraremos viendo cómo nos crece el culo.

Reí, Pili era como era, pero siempre me hacía reír.

—Tenemos un fin de semana por delante en el que vamos a disfrutar y a relajarnos que nos hace falta. No pienses, solo vívelo, deja que ocurra lo que tenga que ocurrir, ya el lunes, cuando regresemos, pues vemos en qué punto estamos —sonrió Mili.

—Me da coraje daros la razón —suspiré.

Se rieron y me abrazaron.

—Ahora vamos a prepararnos para trabajar, que en nada estamos en la playa —Pili me guiñó el ojo, agarré la mano que me ofrecía y me levanté del sofá.

Tenían razón, me comía demasiado la cabeza. Sin siquiera saber qué iba a ocurrir entre Gabriel y yo. Tendría que vivir lo que fuera y ya después analizar.

Nos preparamos y salimos para el pub. Nos quedaban no solo un par de noches, sino dejar todo listo para poder desaparecernos, después de tanto tiempo al pie del cañón, unos días.

Y pasara lo que pasara con Gabriel, estaba segura de que con ese par de locas iba a pasármelo más que bien.

Capítulo 12



Empezaban nuestras minivacaciones...

Llegando a casa de Gabriel, cuando nos habíamos perdido como tres veces con el dichoso GPS, estaba a punto de perder los nervios.

—Esto pasa por no aceptar venir con ellos —suspiré.

—Pues tú que te empecinaste en venir en el viejo trasto este, que parece que muy arreglada la avería no está, además —me riñó Pili.

—Hay que ser mujeres independientes —les recordé.

—Pero no gilipollas —resopló Pili—. ¿Qué había de malo en venir con ellos?

—Pues que así creamos más expectativa —dije.

—Expectativa creas cada vez que te empeñas en montarte aquí. La próxima vez que te empeñes en ellos, te dejamos sola y te estrellas tú si quieres —me advirtió Mili.

Pité y se abrieron las puertas de la casa. Aparqué el coche al lado de los demás y apagué el motor.

—Listo. Y vivas. Quejicas, que sois unas quejicas.

Se bajaron del coche refunfuñando. Los chicos estaban fuera, esperándonos. Vinieron, nos saludaron y cogieron nuestras maletas

del maletero.

Sonreí cuando Gabriel me guiñó un ojo y entramos todos dentro.

—Hay habitaciones suficientes, pero no seré yo quien organice cómo dormís —dijo Gabriel mientras nos hacía seguirlos al piso de arriba. Nos enseñó la casa y nos dejó al libre albedrío. Las rubias como locas. Pili no tardó en preguntar dónde estaba la habitación de Paul y meterse allí. Reí, no cambiaba. Mili estaba algo más cortada, eligió la habitación que estaba frente a Carlos. Él entró con ella para dejarle la maleta dentro. Y yo tenía dos más para elegir...

—Tú ni mires, duermes conmigo —Gabriel me tocó por fin, cogió mi mano y tiró de mí hasta su dormitorio. Entramos y cerró la puerta.

—No creo que...

No pude acabar la frase, ya lo tenía encima de mí, devorando mi boca con ansias.

—Qué días más largos sin poderte besar —dijo sobre mis labios.

—Hola —reí.

—Hola —sonrió—. Te quedas aquí.

—Gabriel... No creo que sea buena idea...

—A mí si es buena idea o no me da igual. Te quedas aquí, porque vamos a terminar lo de la otra noche.

—¿No tenía que pedírtelo? —bromeé.

—Ya lo hiciste —me guiñó el ojo y volvió a besarme.

—Todos se van a dar cuenta.

—Como si no lo supieran ya...

No sabía si alegrarme por cómo estaba actuando o salir corriendo por eso mismo y mi miedo.

Nos besamos un rato más y me alejé de él o íbamos a acabar mal. Se fue refunfuñando cuando lo eché para que me dejara deshacer la maleta.

—No tardes —dijo antes de salir de allí.

Miré alrededor, quedándome con todos los detalles de la habitación. Deshice la maleta como pude y bajé, no sin antes dar un paseo por la casa mientras los buscaba.

Me encantaba ese lugar, era más que perfecto.

Salí al jardín de atrás, estaban todos allí. Me quedé primero embobada por lo grande que era y, sobre todo, con esa piscina que ya tenía ganas de probar.

Me senté al lado de Gabriel y acepté la copa de vino que me ofrecía.

—Propongo un brindis —dijo mi hermano levantando su copa —, por nuestro reencuentro, por conocer a Paul y porque a partir de ahora, no volvamos a separarnos. ¡Salud!

—¡Salud! —dijimos todos a la vez y chocamos nuestras copas.

—Gabriel me hablaba de todos vosotros, me ha contado muchas anécdotas de cuando erais pequeños —dijo Paul.

—Espero que todo lo que te dijera era bueno —rio Pili.

—De ti es de la que peor me habló, pero al final he caído en tu red —dijo con dificultad, haciéndonos reír.

—De ti no sabemos mucho, Paul —dije.

—No hay mucho que saber, la vida en Londres es muy aburrida. Estudiar, trabajar y poco más.

—Sí, claro, es que me he ligado a un monje ahora —resopló Pili.

—No monje, yo soy ateo —dijo él muy serio, volviéndonos a hacer reír.

—Cuéntanos de ti un poco —insistí.

—Conocí a Gabriel en la universidad y desde entonces somos amigos. Yo hice la carrera de derecho y cuando terminé, su padre me ofreció trabajar en su empresa y hasta el día de hoy —explicó.

—El pobre lleva años aguantándome —rio Gabriel.

—La verdad es que sí, pero me consuela el sueldo —rio Paul.

—Eso del sueldo me interesa, a ver si voy a tener que pedir yo un aumento —rio mi hermano.

—Más de una vez te he propuesto venirte allí y te has negado —le recordó Gabriel.

—Nunca entendí por qué —dije sinceramente.

—No sé, por no dejaros a ti y a nuestros padres, supongo —mi hermano se encogió de hombros—. Además, me gusta vivir aquí, nunca me lo pensé en serio eso de irme.

—Y espero que no lo hagas ahora —dijo Mili con tristeza.

Carlos le guiñó un ojo y yo sonreí.

—Tranquila, que como mi madre se entere que hay noviazgo a la vista, ya tenéis montada la boda y este no va a ningún lado —dije provocando las risas de todos.

—¿Y tú, Patri? —me preguntó Paul.

—¿Yo qué?

—¿Nunca has pensado en irte a vivir a otro país?

—No. Tengo mi negocio aquí. Tengo mi vida aquí —me encogí de hombros—, no podría dejar todo eso.

—¿Ni por amor? —preguntó Paul antes de mirarme tras mirar a Gabriel, quien carraspeó.

—No sé... —dije con sinceridad— Pero nunca estuve en esa situación —me encogí de hombros.

—Entiendo... —dijo Paul.

—¿Qué entiendes?

—Nada, es su forma inglesa de cortar la conversación —rio Gabriel.

Bebí de mi vino y me quedé pensativa. ¿A qué venía esa pregunta? Miré a mi hermano, me miraba fijamente, ¿serio? Me hice la tonta, pero no se me pasó desapercibido el gesto que le hizo a Gabriel y que, poco después, los dos fueron hacia la cocina para traer algo de comer.

Entre ellos pasaba algo, y no sabía por qué pero me daba que era relacionado conmigo. Y yo, de una forma o de otra, me iba a enterar de qué.

Capítulo 13

Gabriel



—Estás con ella, ¿verdad?

Carlos fue directo al grano nada más entrar en la cocina. Por su mirada y su gesto, supe que quería hablar conmigo en privado, así que lo invité a ayudarme a ir por unos aperitivos.

—No todavía.

—¿No todavía? ¿Qué significa eso, Gabriel?

—Pasó algo, pero no tenemos una relación.

—Sabes que no puedes tener una relación —dijo frustrado.

—Tú y yo sabemos que sí, Carlos. ¿Qué te molesta exactamente?

—No me molesta nada. Joder, incluso os doy mi bendición, pero sé que no serás sincero y que la vas a dañar.

—No haría nada que la dañara.

—¡Lo estás haciendo ya! ¿Se lo has contado?

—No, aún no...

—¿Y a qué esperas?

—Pues no sé —me pasé las manos por el pelo—. No es el momento aún.

—¿Y cuándo es el momento? ¿Cuando se enamore de ti?

—Quizás nunca se enamore de mí, quizás solo sea alguien con quien pasar un buen rato —le dije a riesgo de que me golpeará por hablar así de su hermana.

—Vamos, ¿no la conoces? —rio amargamente— Lo haces y aunque no lo hicieras, has visto cómo te mira, cómo te sonrío. No sé si está enamorada, pero que este fin de semana se irá de aquí estándolo, te lo aseguro.

—¿Y qué hay de malo?

—Yo no sé en qué piensas, Gabriel. Te juro que no lo sé —se notaba frustrado.

—No pienso... No pienso desde que la vi. Ese es el puto problema. Así que no me pidas que me aleje de ella sin ni siquiera poder comprobar qué es lo que hay entre nosotros.

—Yo no te pido que te alejes de nadie. Yo solo te pido que le seas sincero desde el principio. Porque después le harás daño y, además, puede que después... Joder, ni siquiera sabes si podrás estar con ella.

—Sabes que mi problema es temporal. Y yo no voy a dejarla cuando nuestra historia aún acaba de comenzar.

—¿Entonces prefieres que sufra?

—No. Pero déjame hacerlo a mi manera. Confía en mí —le pedí. Sabía que él tenía razón, pero tenía que confiar en que yo lograría resolver todo.

—¿Por qué ella? ¿No había otra? —dijo desesperado.

—Tú mismo lo dijiste la otra noche, Carlos.

—Sí. Lo sé. Siempre ha sido ella.

—No lo digas con tanta alegría —dije irónicamente.

—Gabriel, creo que no me entiendes. Sería feliz viéndote con mi hermana porque sé que la harías feliz. Pero tú y yo sabemos qué es lo que pasa aquí. No voy a meterme, ella es adulta y tú también. Pero no sabe toda la verdad y, lo peor, se la estoy ocultando. Me va a odiar por ello.

—Si eso es lo que te preocupa, entonces cuéntasela tú.

—Sabes que no traicionaré tu confianza. Ni Paul ni yo lo haremos. Solo hazme un favor. Si la quieres a ella, termina de resolver tus mierdas y lucha por ella. Y no la hagas sufrir.

—¿Tengo tu bendición entonces? —pregunté con algo de alivio.

—Tanto como mi bendición no. Mi bendición la tendrás el día que de verdad puedas darle a ella todo, incluida la verdad. Y si en ese momento ella decide estar contigo, entonces tendrás mi bendición —se acercó a mí—. Sé que eres de los pocos que puede hacerla feliz, por no decir el único. No querría a otro para mi hermana, Gabriel. Pero entiende que no quiero que sufra. Haz las cosas bien, por favor.

—¿Todo bien?

La pregunta de Patri nos sobresaltó a los dos. Estaba en la puerta de la cocina. ¿Qué había escuchado?, me pregunté con pánico.

—Sí, todo perfecto. Le estaba diciendo a Gabriel que podemos ir todos de compras. Aunque aquí hay de todo, seguro que queréis algunos caprichos.

—Ah, bien —sonrió ella—. Pero yo teniendo vino y helado de chocolate soy feliz.

—Helado de chocolate —Carlos me miró—. Tenemos que ir a comprar —puso los ojos en blanco.

Me dio un par de palmaditas en la espalda y se marchó. Había sido muy sincero conmigo y lo agradecía, pero yo también lo era con él. No iba a cortar lo que me pasaba con su hermana. Ni podía ni quería. Y sabía, mejor que nadie, que las cosas no iban a ser fáciles. Pero iba a luchar por ella y por terminar, como él decía, con toda la mierda que tenía a mi espalda.

—¿Qué es lo que tienes que hacer bien? —preguntó ella entrando cuando Carlos salió con un par de bandejas de canapés.

—Cosas de negocios, ya sabes...

—Mi hermano ni en su día libre —puso los ojos en blanco.

—Ya sabes cómo es —reí. Me acerqué a ella y la pegué a mi cuerpo, provocándole un escalofrío y a mí... Mi miembro podía explicarlo bien—. ¿Así que helado de chocolate?

—Sí... Aunque después me arrepiento porque se me pone el culo gordo.

—Eso del culo gordo —ronroneé agarrando sus nalgas— me hace imaginar demasiado.

—Quita, nos van a ver —rio, pero no dejé que se separara de mí.

Me encogí de hombros, la verdad era que me importaba ya bien poco. No iba a dejar de tocarla. Porque sabía que, por desgracia, tendría que pasar un tiempo sin hacerlo y echándola de menos. Aunque volvería a por ella, eso también estaba fuera de dudas.

—No me importa —le dije y la besé, devorando sus labios, saboreando su boca.

Gemí, ya me había puesto más que cardíaco.

—No sé si decirte “vámonos a la cama y no salgamos de allí todos estos días” o pedirte que no te acerques demasiado a mí.

—Lo que necesites, pídemelo —me guiñó un ojo, juguetona y yo sonreí.

—Eres tú la que me va a pedir las cosas —le recordé. Le di un dulce beso y me separé de ella o la haría mía allí mismo—. Ahora ayúdame, comemos algo y nos vamos a comprar en un rato.

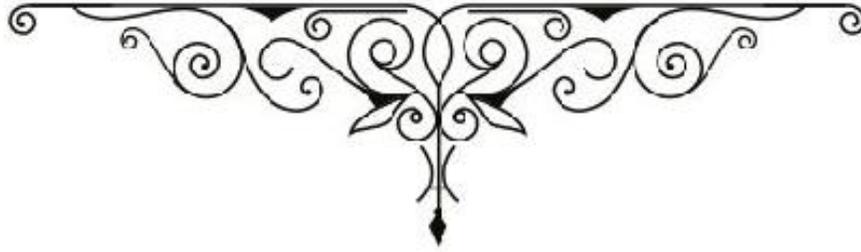
—Vale —dijo con voz cantarina.

Se puso a abrir todos los muebles de la cocina, como para adaptarse al lugar. Sonreí, así es como debía ser porque ya me dejara la vida en ello, esa casa sería suya, mía y de ella. No sabía exactamente qué me pasaba con Patri, pero solo tenía una cosa segura y era que esa mujer era para mí.

Lo había pensado siempre.

Y ni todos los problemas del mundo iban a evitar que yo luchara con uñas y dientes para darle lo que merecía. A mí, por completo.

Capítulo 14



Nuestro primer día en esa preciosa casa ya estaba acabándose. Habíamos salido de comprar y nos habíamos traído medio supermercado de chucherías y porquerías varias, como yo las llamaba.

Acabamos tarde, así que nos recogimos, de camino, unas pizzas y cenamos en el jardín, al aire libre.

Ya todos se habían marchado y Gabriel y yo estábamos recogiendo las últimas copas antes de irnos a dormir.

—Tengo lavavajillas —dijo cuando me vio fregando.

—Lo sé, pero es que me gusta fregar —mentí.

Gabriel rio y se acercó a mí.

—¿Estás atrasando el momento de irnos a la cama, Patri?

—¿Yo? Para nada... —pero la verdad era que sí.

—Eso espero, porque no veo la hora de tenerte ahí.

—¿Me lo estás pidiendo? —pregunté con las cejas enarcadas.

—No, te lo estoy ordenando. Deja eso —me quitó el estropajo de la mano—, mañana lo meto en el lavavajillas, es hora de dormir.

—¿De dormir? —bromeé mientras lo seguía, agarrada a su mano.

—Es una sutil manera de decirte que nos vamos a la cama.

—Ya... Pero es que lo de sutil creo que no es lo tuyo.

—Bueno, siempre fui muy calladito, ¿recuerdas?

—El Gabriel que yo conocía no, pero la imagen que daba a la gente sí —reí recordando viejos tiempos.

—Al Gabriel que conociste ni lo mirabas en su día —me dijo cuando cerró la puerta de su dormitorio.

—Vamos... —puse los ojos en blanco— Éramos niños y...

—Sí, sí —rió, se acercó a mí y me besó profundamente—. No veo la hora de tenerte en mi cama.

Volvió a besarme, esa vez hasta dejarme sin respiración.

—Gabriel... —suspiré entre sus labios.

—Estoy esperando que me lo pidas —dijo besándome.

—¿No se suponía que ya te lo pedí? —le recordé.

—Que te besara sí —volvió a besarme—. Estoy esperando que me pidas lo otro.

—¿En serio? —pregunté incrédula.

—Sí —rió.

—¿Puedes dejar, al menos por hoy, de hacer el gilipollas?

Fingió pensar y dijo un no muy serio, haciéndome reír.

—¿Qué quieres que te pida exactamente? —le pregunté, sensual.

—Que te haga mía —dijo con voz ronca.

—¿De verdad es necesario que lo pida? —estaba a punto de tener un orgasmo solo con sus besos, ¿en serio necesitaba que se lo pidiera?

—Sí —insistió.

Suspiré, yo no entendía a ese hombre.

—Gabriel...

—¿Sí? —preguntó entre besos, dejándome las piernas como de gelatina.

Me iba a dar algo si seguía besándome así y no hacía mucho más. Y, aunque no quería llegar al punto de tener que pedirselo, sabía que si no lo hacía, no iba a tocarme más. No iba a ir más allá de lo que estaba haciendo conmigo.

—Oh, por Dios —gemí un poco después, desesperada.

—Solo tienes que pedirlo, Patricia...

Tomé aire y lo miré a los ojos, deleitándome en cómo los suyos ardían.

—¿Por qué es tan importante para ti? —le pregunté.

—Porque una vez que te haga mía, no dejaré que seas de nadie más —dijo con firmeza—. No será algo de una noche, no contigo. Pídelo si quieres lo mismo, pero conociendo las consecuencias.

Me quedé completamente en blanco. ¿Así que de eso iba la cosa? Mi miedo a sufrir...

—Gabriel, yo... —intenté irme, pero él volvió a besarme, dejándome otra vez sin aliento y sin pensar.

—Sin miedo, Patri. Conmigo no tengas miedo.

Y más besos...

No tenía voluntad, sobre todo porque lo quería en esa cama también. Y tampoco solo para una vez. Pero ya sabía que él estaba pidiendo con eso mucho más...

Cerré los ojos, deleitándome con sus labios y apagando mi mente.

—Hazme tuya —terminé diciendo casi sin darme cuenta.

Lo miré entonces a los ojos y vi el triunfo en ellos. Pero ¿también miedo?

—Ya eres mía... —dijo seriamente— Y haré lo posible para que siempre sea así.

No entendí su frase, pero la mente se me nubló de nuevo con sus besos. Caímos en la cama, desesperados, tocándonos. Descubriendo el cuerpo del otro con ansias.

Nuestras manos frenéticas. Nuestros cuerpos sudorosos, pegados al del otro.

Me hizo suya varias veces esa noche mientras no dejaba de repetir lo mismo una y otra vez: que confiara en él, que haría todo lo posible.

Yo no entendía nada y en ese momento tampoco es que me importara. Las sensaciones con Gabriel eran demasiado para mí como para pensar en algo más. Me di por completo y sentí que él también.

Caímos rendidos, agotados, abrazados mientras aún temblábamos.

Había pasado lo que más miedo me daba, me había dado más que para una noche de sexo. Y, en ese momento, ni siquiera me importó lo que sabía que vendría. Ni siquiera me importó saber que iba a sufrir.

Capítulo 15



Me despertaron los gritos de las dos locas. Me removí en la cama y sonreí con el beso que Gabriel me dio en el hombro.

—Buenos días, preciosa —besó mi oreja.

—Buenos días —dije con voz somnolienta—. ¿Llevas mucho despierto? —me giré a mirarlo y la respuesta me la dio sin hablar, ya estaba vestido, pero tumbado a mi lado.

—Sí, tomé una ducha al ver que estabas roncando —sonrió.

—¡Yo no ronco! —grité indignada.

—La próxima vez te grabaré —rio y me besó en los labios—. Pensaba ya en echarte agua encima, me estaba dando miedo no saber si estabas viva.

—¿Qué hora es? —me esperecé.

—Las once —dijo para mi sorpresa—. Se nota que te dejé cansada —fue a jugar con mi cuello y yo gemí.

—Pues ahora será mejor que me dejes levantarme porque necesito café.

—Todo sea por la cafeína —me dio un cate en el culo y se levantó, hice lo mismo, pero cubrí mi cuerpo desnudo con la sábana —. ¿Pudor ahora? —rio.

Lo ignoré y entré en el baño. Al salir, lo hice sin la sábana tapando mi cuerpo.

—¿Decías algo? —le saqué la lengua.

—Como te sigas paseando así, no bajarás y a la mierda el café.

—El café me lo tomo sí o sí. Ya después si eso hablamos — cogí mi ropa y entré de nuevo en el baño—. Por cierto, ¿qué les pasa a las dos locas esas?

—Llevan un rato en la piscina, no callan ni bajo agua —suspiró Gabriel—. La próxima vez recuérdame que no las invite.

Me reí, era normal, desquiciaban a cualquiera. Tomé una ducha rápida y salí envuelta en la toalla para ponerme el bikini.

—¿Te unes a ellas?

—Claro —reí.

—Mejor me voy a preparar el café entonces, lo necesitare — suspiró.

No tardé mucho en prepararme y en bajar. Paul y mi hermano estaban en la cocina y Gabriel riéndoles.

—Pues coges la fregona y lo limpias —decía Gabriel.

—¿Mala noche? —me preguntó Paul al verme entrar, señalando a Gabriel.

—Si no es porque mojéis la cocina, es que os vais a matar, que este suelo resbala, solo eso —dijo Gabriel.

—Buenos días, hermanita, ¿se te pegaron las sábanas? — Carlos ignoró a Gabriel y se vino, soltando agua, hacia mí.

—Joder, qué frío estás —me quejé.

—Dale su café o la tenemos todo el día de mal humor —dijo mi hermano a Gabriel—. Las chicas iban a ir a despertarte.

—Me despiertan y las mato —cogí la taza que me daba Gabriel y salí al jardín.

—¡¡¡Patri!!! Vente al agua —chilló Pili.

—Enseguida —dije con ironía, yo iría cuando fuera persona y para eso aún faltaba un rato.

Mili salió de la piscina y se vino hacia mí.

—¡¡¡Amore mío!!!— chilló feliz y yo me levanté rápidamente, evitando que me diera ese abrazo empapada en agua.

—Echa para allá —le advertí haciéndola reír—, aún no me tomé el café.

—Ouf, entonces puedes morder —rio mi amiga, fue hacia la piscina y entró de nuevo.

Paul y Carlos no tardaron mucho en acompañarlas y las risas y los gritos ya volvían a estar en el ambiente.

—Llevan así desde las nueve de la mañana —suspiró Gabriel, bromeando.

—Y la que te queda, aún no las vistes borrachas.

—¿Pueden empeorar mucho? —torció el gesto.

—No te lo imaginas... —me reí.

La verdad es que verlas así animaba a cualquiera. Me tomé el café tranquilamente, charlando con Gabriel y bromeando. No tardé mucho en levantarme, quitarme el vestido y unirme a los demás. Pensaba hacer una entrada tranquila en la piscina, pero mi hermano, como siempre, me pilló desprevenida. No sé en qué momento salió de allí sin que lo viera, lo siguiente que supe fue que estaba cogiéndome de la cintura y los dos caímos de lleno en la piscina.

Salí cogiendo aire como pude y cagándome en la leche que tragó alguna vez.

—Pero serás... —gruñí.

Empezó nuestra típica guerra de ahogadillas. A las que se unieron Paul y las mellizas. Acabamos todos hartos de agua.

—Ven aquí —Gabriel me cogió por la cintura, me dio la vuelta dentro del agua y me pegó a él.

—No te vi entrar —puse mis manos alrededor de su cuello y respondí a su beso.

—Estabas demasiado ocupada —me guiñó un ojo—. Ese bikini te queda... ¿No podemos dormir una siesta? —puso cara de pena y yo reí.

—No. Te esperas a la noche.

—Que te crees tú eso —me dio un leve mordisco en el cuello y gemí.

—Oh, venga, por Dios, arrumacos no —se quejó Mili.

—Eso lo dice porque ella no los tiene —rio Pili.

Mi hermano las miró a las dos y se acercó a Mili, cogió su cara y le plantó un beso de tornillo impresionante.

—¿Que ella no tiene qué? —preguntó a Pili, guiñándole un ojo y haciéndonos reír a todos. Mili se había puesto roja como la grana.

Pasamos el día así, en la piscina, entre risas y bromas. Tomando el sol a ratos mientras los chicos jugaban al póker. Se nos pasó el día y ni siquiera nos dimos cuenta.

Habíamos cenado y estábamos tomando una copa. Yo paseaba, con mi copa en la mano, por el jardín. Me encantaban esos momentos de “soledad”, sumida en mis pensamientos y con la gente que quería cerca.

—Te has enamorado de él...

—Hola, hermanito —sonreí cuando se unió a mi paseo, siempre lo hacía, desde pequeño y hablábamos de cosas de la vida—. ¿De qué hablas?

—Soy tu hermano mayor, ¿recuerdas? A mí no me lo puedes negar —me guiñó un ojo.

—Pero hablar de amor... ¿No exageras?

—No —me aseguré—. Se te nota.

—¿Eres experto en mí? —reí.

—Algo así —se burló.

—Por el tono en que lo dices, si fuera así, me das a entender que no te gusta nada.

—No, Patri, para nada es eso.

—¿Entonces por qué parece que te preocupa?

—Eres mi hermana, siempre me preocupo por mí.

Sonreí, eso era cierto.

—Sí, todos mis ligues también lo saben.

—Bueno, tenía que estar seguro de que iban a portarse bien.

—Con tus amenazas, cómo no —reí recordando la charla que les daba a todos, con amenaza incluida de romperles las piernas o los dientes si me hacían algo malo.

—¿Te acuerdas del tipo ese con la cresta? —ríe.

—Cómo no —puse los ojos en blanco—. Pensé que sería el único en superar la prueba por parecer malote y salió corriendo. No lo vi más —me reí a carcajadas—. Nunca me dijiste con qué lo amenazaste.

—Con raparle la cabeza —ríe mi hermano—. Éramos críos y yo mayor que ellos, les imponía.

—Madre mía, pero qué mal lo pasaba yo, ninguno pasaba tu prueba.

—Te evité muchas lágrimas, reconócelo —dijo divertido.

—Jamás reconoceré eso —reí—. ¿Eso es lo que intentas ahora?

—No te entiendo, Patri...

—Si intentas evitarme lágrimas —volví a la conversación sobre Gabriel.

—Quizás, no lo sé...

—¿Pasa algo que yo no sepa?

—Solo quiero que seas feliz y sé que es el hombre indicado para hacerte feliz.

—Exageráis las cosas. Solo ha sido...

—No me digas que solo es sexo. Primero porque soy tu hermano y no quiero escucharlo. Y segundo porque te conozco y conozco a Gabriel. No sois de ese tipo de personas.

—¿Qué quieres decir?

—Que no te engañes, hermanita. Tienes sentimientos por él, por algo estáis juntos.

—Y eso no te gusta —insistí.

—No es eso —me miró y me habló con sinceridad—. Solo quiero que los dos seáis felices y que no sufráis.

—¿Por qué íbamos a sufrir? —le pregunté, sin decirle que ese siempre era mi principal miedo.

—Es un gran hombre —dijo de repente—. Y te quiere.

—No puede quererme, apenas nos conocemos.

Mi hermano se rio a carcajadas.

—Aquí el otro hombre soy yo y créeme, sé de lo que hablo. Si es tu elección, yo voy a apoyaros. A tu lado siempre.

—Gracias —dije, pero no entendía nada de la conversación.

—Aún no me las des —me dio un beso en la mejilla y me dejó caminando sola.

Miré cómo se marchaba y después a Gabriel. Estaba serio, pero mi hermano se acercó a él y le dio una palmadita en el hombro que ya lo hizo sonreír. Volvió a mirarme a mí y me guiñó un ojo.

Me quedé sola un rato más. En parte entendía la preocupación de Carlos, o eso suponía. Su hermana, su jefe y amigo... A lo mejor eso era lo que le preocupaba, que él pagara las consecuencias de algo, pero no iba a pasar. Aunque no conocía al Gabriel de ahora, el de antes siempre anteponeía a mi hermano a todos, era su mejor amigo y estaba segura de que eso nunca cambiaría.

Pasara lo que pasara entre nosotros.

Por otro lado, lo nuestro... ¿Qué era lo nuestro?

—Te vas a marear con tanto paseo y me vas a marear a mí que no dejas de mirarte.

Sonreí a Gabriel y seguí caminando.

—Me gustan estos momentos.

—¿Y qué haces?

—Pensar.

—Uy, eso es malo —rio.

—No, me relaja. Me gusta la noche.

—Lo sé, te gustó siempre. Más de una vez he tenido que ir con tu hermano al parque, te escapabas allí a ver la luna. El pobre siempre se preocupaba por ti —rio.

—¿Te acuerdas de eso? —reí.

—Me acuerdo de todo.

—Supongo que es lo que tiene ser hermano mayor, siempre pendiente a mí.

—Te quiere.

—Sí y yo a él. Y también quiero que sea feliz —dije mirando cómo abrazaba a Mili.

Gabriel puso su brazo por mis hombros y lo abracé por la cintura.

—Vamos con los chicos, ya está bien de pensar —dijo jalando de mí.

Lo seguí, tenía razón. Y después de la conversación con mi hermano, lo que menos quería era pensar. Porque me llevaría a comerme la cabeza sobre qué era lo que había entre Gabriel y yo y no quería eso.

—¿Y si mejor nos vamos a la cama? —pregunté, picándolo.

—No me lo digas dos veces porque los dejo aquí y estás en la cama en segundos.

—¿Y si mejor nos vamos a la cama? —pregunté de nuevo, con retintín, provocándolo más.

Se paró y me miró. Me quitó la copa de las manos y la dejó en el suelo, en una esquina. Sin decir ni una sola palabra, me cogió en brazos, cual novia recién casada y pasó de largo delante de todos.

—Oye, ¿pero adónde vais? ¡La noche es joven! —gritó Pili.

—Gabriel —reí—, suéltame.

—Si lo pides, lo tienes —me guiñó el ojo, entramos en la casa y empezó a subir las escaleras.

—Pero estaba bromeando —no podía dejar de reír.

—Pues sigue bromeando en la cama. Pero desnuda.

No podía dejar de reír. Eso me pasaba por provocarlo. Entró en la habitación, cerró la puerta de un traspie y me tumbó en la cama. Se puso encima de mí y me besó.

—¿Algo más que quieras pedirme?

Lo pensé y lo besé yo a él.

—Quiero... —gemí cuando noté su mano en mi entrepierna.

—¿Qué quieres, Patri? —preguntó con voz ronca.

—A ti —le dije mirándolo fijamente.

Gabriel gimió y se abalanzó sobre mi boca, comenzando a devorarla y, durante las siguientes horas, me dio lo que le pedí.

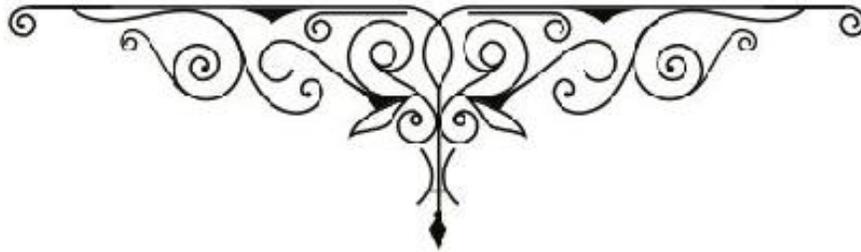
A él.

Aún me quedaba el domingo y su noche para disfrutar de él y no iba a perder ni un segundo. El lunes llegaba la vuelta a la realidad y el momento de pensar en todo y tenía pánico a eso.

Mientras, dejaría mi cerebro apagado, era lo mejor.

Capítulo 16

Gabriel



Lunes por la noche, me alejé un poco de los chicos cuando recibí la llamada de teléfono que estropeó todo.

Habíamos pasado un día perfecto, nos quedaba esa noche ahí y a la mañana siguiente saldríamos de vuelta a casa. A la realidad.

Sabía que en cualquier momento la mochila que llevaba a cuestas me haría notar su peso, pero no pensé que fuera tan pronto. Pensaba, al menos, poder estar todo el verano lejos de eso. Pero esa llamada me hizo entender que ya no sería así.

—El martes cojo un vuelo a Londres —dije antes de colgar.

Me quedé tenso unos segundos y maldije. No era justo.

—¿Todo bien?

Mi giré y miré a Patri. Estaba como cortada, como si le diera miedo preguntarme.

—Sí, todo bien —mentí y la besé, con ganas de no dejar de hacerlo nunca.

—Estás muy serio... —dijo como temerosa.

—Los negocios, ya sabes...

—Es la última noche aquí, no pienses en ellos ahora —sonrió.

—¿Y en qué pienso? —pregunté, ronroneando.

—Mmmm... Pues en lo que vamos a hacer en la cama en un rato.

—¿En un rato? —levanté las cejas.

—Al menos déjame beberme la última —rio.

Cómo me gustaba verla reír...

—Solo una más —le advertí sonriendo.

—Mandón...

—Pero te gusto —le guiñé el ojo y puso los ojos en blanco.

La seguí a tomarnos la última que al final fueron dos más. Ya en la cama, agotados y habiendo hecho el amor, la abracé cuando puso la cabeza en mi pecho.

—Mañana vuelta a la rutina —resopló.

—Bueno, pero aún te quedará la tarde libre, hasta por la noche.

—No creo, creo que iré a ver si el pub está entero nada más llegar.

—Exagerada —reí.

—Sí... Si no fuera por mí... —suspiró.

Levantó la cabeza, apoyó su barbilla en mi pecho y me miró.

—Me lo he pasado muy bien.

—Lo pasaremos mejor —le aseguré.

—¿Vamos a volver a vernos? —preguntó tímidamente.

En ese momento evité ponerme tenso, porque ¿cómo iba a responder a eso?

—¿Querías solo una aventura de un fin de semana, Patri?

—Yo no dije eso —dijo roja—. Pero tampoco sé...

—Te lo dije. Si te hacía mía, no iba a permitir que hubiera nadie más. Creo que tienes la respuesta en eso.

—Pero en realidad somos desconocidos.

Puse los ojos en blanco.

—No lo somos. Y si lo fuéramos, tampoco me importa —le aseguré.

—Estás muy seguro —dijo con el ceño fruncido.

No, pensé, estaba de todo menos seguro de que pudiera lograr hacer lo que le estaba prometiendo. Ya, en un principio, tenía que coger un vuelo rápido a Londres, no sabía cuánto tiempo tardaría en volver a Málaga y en poder verla. Y no se lo podía decir.

Y ahí estaba yo, prometiéndole que lo nuestro iba a seguir adelante cuando ni yo sabía cuándo podría llevar a cabo esa promesa.

—De lo único que estoy seguro es de que te quiero en mi vida. Vete haciendo a la idea.

—Exagerado —rio—. Gabriel, nos hemos acostado, pero...

—Estás enamorada de mí, Patri —vi cómo tragó saliva después de abrir los ojos como platos. Estaba siendo un capullo, pero me iba a asegurar de que aunque pasara algo por lo que me odiara al verme desaparecido un tiempo, supiera que estaba enamorada de mí.

—¿Vosotros no exageráis mucho las cosas? —rio nerviosa.

—Por mí puedes maquillarlo como quieras. Cuanto antes lo aceptes, mejor —me encogí de hombros.

—¿Y tú?

Sé que le costó preguntarme eso y yo eso sí que no podía decírselo. Sabía de más lo que mi corazón sentía, pero no podía decírselo. No aún...

—Yo ya tengo más que asumido que me amas —dije haciéndome el gracioso.

Resopló pero se rio, se quitó de encima de mí y se dio la vuelta.

—Ey, ¿qué haces?

Me pegué a su espalda y besé su cuello.

—Eres un gilipollas, ¿lo sabías?

—Pero te gusto —le di la vuelta y la besé—. No seas gruñona, estás deseando besarme.

—Y también darte unos cuantos sartenazos.

—Eso seguro —me reí a carcajadas—. ¿Entonces no me vas a besar?

—¿Y yo qué gano?

—A mí, ¿te parece poco? —me hice el ofendido.

—No puedo contigo —puso los ojos en blanco.

Reí y la besé. Devoré su boca, su cuerpo. La hice mía de nuevo, no sabiendo qué tipo de despedida era esa. Viajaría pronto y no podía asegurarle nada, lo único era que ella nunca olvidara lo que sentía por mí, aunque ni ella misma se lo creyera aún.

Cuando llegara a Londres vería cómo estaba la cosa y entonces podría saber si, por fin, podría vaciar mi mochila de esa piedra pesada que no me dejaba ser ni honesto con Patri ni, por consecuencia feliz.

Pero esa noche quería disfrutarla con ella. Disfrutarla a ella y llevarme esos momentos como recuerdo.

Porque si las cosas se complicaban, lo único que me quedaría sería su recuerdo para poder luchar por lo que quería.

Me dejaría la vida para volver a su lado y contarle la verdad. Pero esa noche...

Esa noche estábamos juntos.

Esa noche ella era mía.

Esa noche nada ni nadie me separaría de la mujer que le estaba dando un sentido a mi vida.

Esa noche no me sentía, como tantas otras veces, solo.

La sentía a ella, conmigo. Y mis ganas infinitas de volver, contarle la verdad y hacerla feliz por el resto de nuestros días.

Capítulo 17



Vuelta a casa. Vuelta a la rutina, vuelta al pub.

Me había alegrado ver que todo estaba en orden. David y Luisa habían hecho un gran trabajo. Estaba todo como cuando nos fuimos.

Seguía nuestra vida, quedando ya como lejano los días que pasamos juntos en la casa de la playa de Gabriel cuando solo hacía unas horas que nos habíamos despedido allí.

Sonreí cuando me besó antes de montarme en el coche. Repetí la escena en mi mente de nuevo.

—Gabriel, me tengo que ir —reí cuando volvió a besarme. Mili, desde el asiento del copiloto, pitaba—. Me van a matar.

—Que se esperen —volvió a besarme.

—Eh, dejad eso para la intimidad —se quejó Pili desde dentro del coche.

—Aún no te has ido y ya te echo de menos —suspiró Gabriel.

—Eres un exagerado. Y además, como si no fueras a verme. Sabes dónde trabajo, tienes mi número móvil —le recordé.

—Vete ya —volvió a besarme—. Pero prométeme algo antes de irte.

—A ver... —reí.

—Que confiarás siempre en mí.

—¿A qué viene eso?

—A nada, necesito saber si lo haces.

—Claro que confío en ti —negué con la cabeza—. No seas tonto, nos vemos en nada.

No respondió, solo me dio un beso más y me dejó montarme en el coche.

Le guiñé un ojo y arranqué, mirando su imagen por el espejo retrovisor, tan guapo, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha...

Exagerado, reí mentalmente.

Y en ese momento, recordándolo, volvía a sonreír.

—Deja de pensar en él, estamos en el trabajo —se burló Pili.

—No sé de qué hablas...

—Claro que no —rio—. Esa cara de lela no creo que se te ponga por nadie más.

Le di en el hombro con la bayeta con la que estaba limpiando la barra.

—Habló la que no está alelada por el inglés.

—Es que es el hombre de mi vida.

Mili llegaba y puso los ojos en blanco cuando la oyó.

—Si alguien tiene un hombre de su vida soy yo que para algo llevo colada por él toda la vida. Y punto. Una cosa —siguió Mili—, tenemos que mirar el tema de la zona VIP, ya tenemos bastante lista de espera.

—¿En serio? —pregunté.

—Sí, La verdad es que no creía que funcionaría tan bien. A ver, que me fiaba de tu idea —me miró—, pero sigo sin entender por qué

la gente reserva si no ponemos comida, por ejemplo.

—Yo tampoco lo sé, pero en Europa funcionaba, ¿por qué aquí no? —me encogí de hombros.

—Porque somos lelos, quizás —rio Pili.

Eso no se lo podíamos discutir.

Seguimos trabajando, contentas porque todo fuera mejor de lo que esperábamos.

—Hola, Patri...

Me giré y saludé al chico que me hablaba al otro lado de la barra.

—Hola —con una sonrisa, evité decir su nombre, más que nada porque no me acordaba y no quería meter la pata—. Cuánto tiempo sin verte por aquí.

—Sí, mucho trabajo. Yo también tenía ganas de verte.

Mantuve la sonrisa aunque quisiera poner otra mueca porque ¿yo también? ¿En qué momento había dicho yo, primero, que tenía ganas de verlo?

—Te noto diferente —me soltó.

—¿A mí? Pues no...

—Ya te digo yo que sí. Oye, ¿quizás algún día podamos tomar una copa?

—Quizás.

Terminé la conversación como pude y me fui al otro lado de la barra cuando le serví su bebida.

—Es que estás diferente —me dijo David.

—¿Qué?

—Eso, que estás diferente.

—¿Yo diferente por qué?

—No sé... ¿Más mujer? —se atrevió a decir, echándose para atrás por miedo a que le soltara una hostia.

Escuché las risas de Pili y Mili y miré al lado.

—¿Qué? —pregunté de mal humor.

—Si es que hasta ligas y todo —rio Mili—. Que no quiero decir que no ligués normalmente, pero esta noche te estás pasando.

—¿De qué habláis? —puse los ojos en blanco.

—La cara de satisfacción sexual —me dijo Pili en el oído— tiene ese efecto en los hombres.

Resoplé. Me iban a dar la noche.

—¿Y vosotras no tenéis trabajo o vais a estar pendiente a mí?

—Pendiente a ti es más entretenido —rio Mili.

Hice un gesto de vaciarle el vaso que tenía en la mano por encima de la cabeza y salieron corriendo mientras reían sin parar.

—¿Y tú qué? —le pregunté de mal humor a David, que seguía mirándome.

—Ah, ahora entiendo... —empezó pero se calló cuando me vio la cara.

—Tira... —le advertí, diciéndole que se marchara.

Habrase visto, pensé. Lo que necesitaba era ahora eso.

Nada más que tuve un momento libre, fui al baño. Me acerqué rápidamente al espejo y me miré la cara.

Seria, sonriendo, riendo... Me acerqué más al espejo, observando mi imagen más fijamente y más de cerca.

Pues nada, yo no veía nada.

Suspiré y salí, si es que lo peor de todo era que sus tonterías se me metían en la cabeza y me emparanoiaban.

Salí refunfuñando, lo que yo tenía que aguantar con esas dos era para tener ganado ya el cielo.

Terminamos la noche de trabajo y aún tuve que soportar sus risas en todo el camino a casa.

—Mañana os venís en vuestros coches —les dije ya enfadada.

—Venga, Patri, solo estamos riendo —dijo Mili.

—Ya, pero es que no paráis —resoplé.

—Hasta que nos cuentes —dijo Pili.

—O lo reconozcas —dijo Mili.

—¿Que reconozca qué?

—Que te enamoraste de él.

Frené en seco, menos mal que ya estábamos en la puerta de casa.

—Fuera —les advertí y se bajaron, descojonadas de la risa.

Entré en mi habitación y cerré porque me las veía allí, molestándome aún. Cerré los ojos cuando me acosté y suspiré. ¿Por qué tenía yo que reconocerles nada cuando aún no me lo había reconocido a mí misma?

No era fácil ni eso.

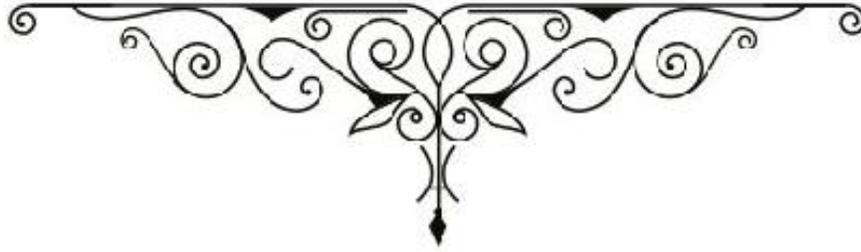
Abrí los ojos, cogí el móvil y miré la galería. Amplié una foto que me hice con el y observé su cara. estaba guapísimo y aunque solo hacía horas que no lo veía, lo echaba de menos.

Pensé en mandarle un mensaje, pero al ver la hora, deseché la idea.

Dejé el móvil de nuevo y me dispuse a dormir, algo asustada al reconocer, por primera vez, que era cierto. Me había enamorado de Gabriel.

¿Pero en qué lio me había metido?

Capítulo 18



Me despertó el móvil sonando, lo cogí mientras intentaba abrir los ojos, no sabía qué hora era, pero para mí bastante temprano.

—¿Sí? —pregunté con la voz somnolienta.

—¿Aún dormida, preciosa?

Sonreí al escuchar esa voz.

—Tengo mucho sueño...

—Pues es tarde —rio—. Pero si quieres, nos quedamos en la cama un ratito más.

—Mmmm... Sí —me esperecé— Buenos días —dije entonces, haciéndolo reír.

—Buenas tardes. Echaba de menos oírte.

—Yo también —reconocí.

—Tuve que venir a Londres a arreglar un problema, pero mañana estoy de vuelta allí y no puedo esperar para verte.

—No sabía —no me había dicho sobre lo del viaje—. Pero claro que nos vemos. ¿A qué hora llegas?

—Llegaré tarde, yo me acerco al pub.

—Bien...

—¿Has pensado en mí? —ronroneó.

—Mmmm... No sé...

Rio.

—Reconócelo.

—Bueno, tal vez un poco —suspiré.

—Mentirosa.

—¿Y tú? ¿Has pensado en mí?

—Ni te imaginas cuánto...

Esa respuesta me dejó sonriendo para todo lo que quedaba de día.

—Exagerado.

—Cada minuto del día, pero ya te lo demostraré mañana.

—Tengo muchas ganas de verte.

—Y yo a ti, preciosa. Lleva una maleta, te quedas en mi casa.

—¿Y eso? —ahí me desperté de golpe.

—Necesitamos tranquilidad —dijo enigmáticamente.

—Vale... —mi mente voló imaginando por qué esa tranquilidad.

—Un beso, nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Se iba a Londres sin decirme, ahora que vuelve y que tenga lista la maleta para dormir allí. Puse los ojos en blanco, me daba la impresión de que eso era lo que me quedaba con ese hombre.

Me levanté ya que no iba a poder conciliar el sueño y me quedé extrañada al ya ver a las mellizas en la cocina.

—Se te pegaron las sábanas hoy —sonrió Pili.

—¿Tú sabías que Gabriel estaba en Londres? —le pregunté.

—Sí, me dijo Paul ayer pero que esperaban volver pronto.

Mañana vuelven. ¿Tú no sabías nada?

—No... Pero me acaba de decir —me preparé mi taza de café.

—No malpienses —me advirtió Mili.

—No lo hago —tomé asiento—. Además, no tiene por qué darme explicaciones de su vida, no es que seamos nada.

—Venga, estás molesta —rio Pili.

—No —negué, pero sí que me habría gustado que me lo hubiera dicho antes, como Paul a Pili.

Sabía, de verdad que sabía que no tenía razones para sentirme molesta y en realidad no lo estaba. Solo me hubiera gustado saberlo.

—Es que yo a este hombre no lo entiendo —suspiré y las miré.

Me observaron, calladas al ver que, por fin, iba a abrirme con ellas.

—¿Por qué? —preguntó Mili.

—Lo mismo me hace comentarios que sí, que yo sé que son en broma, pero habla sobre matrimonio y no dejarme marchar jamás o cosas así típicas de macho alfa —ya empezaron las dos a reírse—. Que lo mismo habla de amor pero sin hablar o se va a Londres y no me dice nada y me llama ahora que mañana duermo con él porque necesitamos tranquilidad.

—¿Y qué no entiendes? —preguntó Pili.

—Ni siquiera entiendo qué somos —suspiré.

—Ay, ¿cuándo vas a dejar de darle vuelta a la cabecita? —suspiró Mili.

—No pienso de más...

—Un poco sí —rio Pili—, quédate con lo que sentís por ahora y ya, las cosas poco a poco.

—Ese es el problema —torcí el gesto—. Es que creo que me enamoré.

Las dos se rieron a carcajadas.

—¿Crees? —rio Mili.

—Estás hasta las trancas, Patri —Pili se limpiaba las lágrimas.

—Por esto no es cuento nada...

—Venga —Mili vino a abrazarme—. Solo es que nos alegramos de que lo reconozcas, pero no tienes que decirlo con tanta pena.

—Es que me da miedo.

—Miedo a sufrir, Patri, vamos a tener siempre. Amando y sin amar —Mili me dio un beso en la mejilla.

—¿Se lo has dicho? —preguntó Pili.

—¿El qué a quién?

—A Gabriel, que lo quieres.

—No —dije horrorizada—, aunque tampoco creo que lo necesite, el chulo de playa tiene el ego muy subido y ya el lo da por hecho —sonreí al final.

—Eso que te ahorras, así no tienes que decir las palabras tú —Pili me guiñó el ojo.

—No quería enamorarme —suspiré.

—Pero lo hiciste. Ahora vive eso, además, ese tío está loco por ti —sonrió Mili.

—¿Tú crees?

—Eso sin duda —dijo con una gran sonrisa.

—Ay, mi niña enamorada —rio Pili, viniendo a abrazarme.

Ya llegaron las risas y el meternos las unas con las otras. Me alivió contarles, o confirmarles, lo que sentía. Aunque para mí no era fácil reconocerlo, tampoco podía ocultar ya los sentimientos que tenía para con Gabriel.

Estaba deseando que llegara el día siguiente y verlo. Besarle y, cómo no, dormir toda la noche con él.

Y ya quedaba poco para eso.

Capítulo 19

Gabriel



—¿Patri?

Afirmé con la cabeza a la pregunta de Paul. Estábamos en el salón de mi casa, yo con una copa en las manos y sonriendo por haber hablado con ella.

—Le dije que llegamos mañana.

—¿Le vas a contar?

Suspiré pesadamente.

—Le dije que se quedara en mi casa a dormir, indirectamente le dije que tenemos que hablar.

—Se lo vas a contar entonces.

—¿No crees que deba?

—Te dije lo mismo que Carlos, que lo hicieras desde el principio.

—No podía.

—Sí, podías, pero no querías. Ahora sí puedes hacerle más daño.

—Si le decía antes... No la habría tenido.

—¿Y por qué decirle ahora?

—Tengo que hacerlo. Vine aquí sin decirle nada porque ni siquiera sabía si iba a poder volver pronto.

—Pero no hay nada arreglado aún.

—No. Pero sí tenemos más posibilidades de conseguir quitarme ese peso pesado —suspiré de nuevo.

—¿Crees que se quedará a tu lado cuando le cuentes?

—No lo sé —me bebí todo de un trago—. Tiene que creerme.

—No creo que el problema sea que te crea o no, Gabriel, sino el que se sienta traicionada.

—Lo sé... Pero no iba a perder la oportunidad de estar con ella, Paul. Incluso si me manda a la mierda cuando le cuente, voy a luchar por tenerla a mi lado, quiera ella o no.

—Aún no puedes luchar por eso y lo sabes.

—Pues cuando pueda. O incluso no pudiendo. ¿O qué? ¿Tengo que ser infeliz toda la vida por un error?

—Sabes que soy el primero que te anima a que seas feliz. Pero te digo como Carlos, tenías que haber hecho las cosas bien desde el principio.

—Confío en Patri y confío en que lo que siente por mí sea mayor que toda la mierda que pueda venir después.

—¿Tanto la quieres? —me preguntó unos segundos después de mirarme detenidamente.

—Más de lo que imaginé... —esa era la verdad.

Y lo había sabido casi desde el primer momento. Por eso me había empeñado en conseguirla. Si desde un principio le hubiera contado, sé que no me habría dejado tocarla. Y ahí sí que no tenía posibilidades ninguna.

—Por lo poco que la conozco, supongo que cuando le cuentes, además de llevarte una buena cachetada, no va a querer volver a verte en mucho tiempo.

—Pero no permitiré eso. Quizás los primeros días sea así, pero después... No, ella confía en mí, verá la verdad de todo y por qué lo hice así.

—Espero que sí, por tu bien, llevas demasiado tiempo siendo miserable.

—La cagué, Paul y llevo años para poder resolverlo. Cuando más creo que todo puede, por fin, llegar a su fin, algún impedimento más. Y de nuevo la sensación de que no podré salir de toda esa mierda.

—Podrás y lo harás. Para eso tienes a los mejores abogados del país —bromeó.

—¿Alguna novedad?

—Esperemos que acepte el nuevo acuerdo, pero ya sabes cómo son las cosas. A veces no sé si lo que le interesa es el dinero, el estatus o simplemente joderte la vida.

—Creo que joderme la vida. Nunca me va a perdonar aquello.

—No fue tu culpa.

—No, pero eso lo sé yo.

Me serví otra copa y resoplé. La vida siempre parecía que no me dejaba avanzar. Había sufrido mucho todos esos años atrás y aún lidiaba con las consecuencias.

Pensé que mi vida no tendría ya ningún sentido y entonces la vi a ella. Y algo se encendió en mí. La necesidad de sentir de nuevo. El deseo de amar y ser amado.

Cualquiera me hubiera dicho que estaba loco, pero no era así. Entre nosotros ocurrió algo desde la primera mirada y yo no iba a negarme eso. No iba a negarme al amor.

La vería en unas horas y estaba deseando de abrazarla y besarla. Las cosas en Londres no habían salido del todo bien, pero no era tan malo como yo pensaba, así que había decidido, ya que lo que se venía en los próximos meses eran juicios y más juicios, acuerdos y más acuerdos... Contarle toda la verdad. Confiando en que su amor sería más grande que el miedo a oír sobre mi pasado.

—Pensé que nunca tendría ninguna ilusión más en la vida y ahí está ella, Paul. No puedo dejarla marchar.

—Pero será una historia complicada, lo sabes.

—Lo sé, ¿pero a estas alturas me voy a rendir? Si hay una mínima posibilidad de ser feliz, me voy a agarrar a ella con uñas y dientes.

—Lo entiendo y lo mereces. Yo no te critico, Gabriel, solo te dije y lo mantengo que tenías que haber sido sincero desde el principio.

—Y la habría espantado —sonreí.

—O no —se encogió de hombros—. No creo que sea una mujer que se asuste con nada.

No, no lo era. Era fuerte, cabezota, insistente cuando quería algo. No había cambiado nada, la esencia de la niña que yo conocía seguía ahí dentro. Y con los años solo había aumentado más cada cualidad. Aún más cabezota, más fuerte.

Me levanté, me llené la copa de nuevo y le ofrecí una a Paul.

—Aunque lento, estáis llevando todo esto bien —levanté mi copa en señal de brindis por él.

—No solo soy un gran amigo, soy el mejor abogado. Sé que lo ves todo negro y largo en el tiempo y lo es, estas cosas son así con tanto recurso sobre recurso, pero confía en que vamos a lograrlo y ya queda poco.

—He pensado en rendirme muchas veces, sería más fácil.

—Lo sé, pero no puedes hacer eso, tu padre te odiaría toda la vida.

—¿No crees que me odia ya? —reí amargamente.

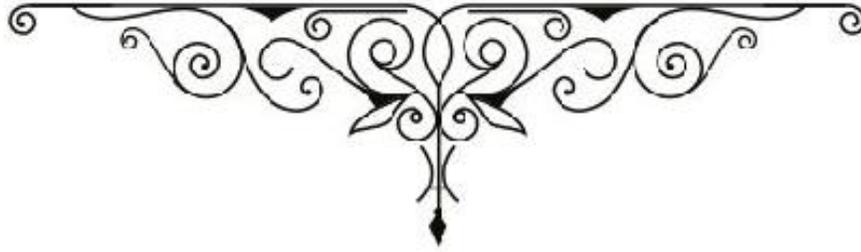
—No, Gabriel. Solo tiene ganas de que todo se acabe y ganes.

Podía ser, sí. A veces era muy injusto con él. Pero si no me hubiera hecho prometerle nada, yo habría terminado con toda esa mierda mucho antes.

Pero ahí estaba, sin poder romper esa promesa y alargando en el tiempo una agonía que amenazaba, siempre, con no dejarme ser feliz.

Aunque ahora que tenía a Patri conmigo, tenía más que claro que lucharía, ganaría y no permitiría que nadie me prohibiera estar con la mujer de mi vida.

Capítulo 20



Esa mañana me había levantado con una energía exagerada. Y todo porque esa noche iba a ver a Gabriel, estaba deseando besarlo.

La pequeña maleta con una muda de ropa la dejé en la oficina del local cuando llegué esa noche a trabajar.

No sabía si era cosa mía o es que el ambiente estaba más animado de la cuenta.

—¡Noche de karaoke! —grité por el micrófono y reí con los aplausos y los gritos de la gente. Me bajé del escenario y dejé allí a Pili, quien se encargaba de eso.

—Yo no sé por qué la gente se flipa tanto cantando —Mili puso los ojos en blanco cuando me uní a ella detrás de la barra.

—Porque cantamos mal pero en un karaoke da igual —reí.

—¿No tendría que ser peor? Porque yo no pienso cantar delante de nadie.

—Te lo agradezco, ya te oí en la ducha y no es agradable.

—Oye— me dio en el hombro, riendo—. Habló la Pavarotti.

—Ya ves, para subirnos ahí tenemos que habernos bebido la mitad de las botellas del pub.

—Mínimo —aseguró.

La gente cantaba, las copas se llenaban y se rellenaban. La noche del karaoke era una de mayor trabajo allí. La gente se emocionaba, ya fueran lo peor cantando, pero lo vivían en el escenario. Y con tanto alcohol de por medio, a nadie parecía sonarle mal los gallos de los otros.

—Y como sorpresa esta noche, antes de elegir al ganador de la velada, para agradeceros el éxito que nos hacéis tener siendo ¡el mejor pub de copas de Málaga! —gritó Pili y la gente chilló, animándola— La próxima canción será a tres voces. Así que un aplauso para Patri, Mili y ¡¡¡Pili!!!

A mí se me cayó el vaso que tenía en ese momento en la mano. Mili maldijo en todos los idiomas conocidos y sin conocer. Nos miramos las dos y...

—¿Pero qué...? —me quedé con cara de imbécil cuando David nos entregó un micrófono a cada una.

—Ah no, ni de coña —se quejó Mili—. ¡Soltadme! —gritó cuando dos camareros la cogieron en peso para subirla a la barra.

Y a mí me tocó después.

Puse los ojos en blanco, a ver cómo salíamos de esa. Miré a Mili y después de hacerle un gesto a su melliza de que la iba a matar, quien seguía en el otro lado del local, encima del escenario, frente a nosotras... Miró a la gente, roja como un tomate y saludando tímidamente con la mano.

—¿Y cómo salimos de esta? —me preguntó Mili.

Pues iba a decirle que saltando de allí y huyendo, pero cuando comenzó a sonar la música supe que eso ya no sería posible.

La gente callada, esperando para oír nuestras voces y yo... A mí iba a darme algo. ¿Shakira? Joder, ¡la iba a matar!

Yo no sé qué fue peor, si intentar cantar o cuando empezamos a bailar, ya animadas por el público, como si fuéramos la mismísima Shakira. O, para qué mentir, alguien con Parkinson y que a la vez se estaba electrocutando.

Pero una cosa sí es verdad, cuando se nos fue la vergüenza, reímos hasta llorar.

La gente aplaudía, nosotras con el show terminado y sin bajar de la barra. Una canción más y vuelta al baile.

Fue divertido, reí mientras me bajaba de allí. Perdonaría a Pili por lo que me había reído.

—¿Pero cómo se te ocurre? —reí cuando Pili se acercó a Mili y a mí.

—No sé, se me ocurrió, ¡pero ha sido perfecto!

—Hombre, tanto como perfecto, a mí aún me duele la cadera —rio Mili.

—Normal, con ese movimiento... —me reí a carcajadas.

—Hay que hacer locuras, dar que hablar a la gente, ¡divertirlos! —gritó Pili.

Estaba como una cabra de loca, pero sería una noche inolvidable para nosotros y para los clientes, eso seguro.

En un pequeño descanso, miré el móvil ya que lo tenía en silencio mientras trabajaba y sonreí al ver un mensaje de Gabriel.

“Acabo de aterrizar. Voy a darme una ducha y en poco tiempo voy a verte. No sabes las ganas que tengo de tenerte entre mis brazos.”

Ese mensaje lo tenía allí desde hacía unas tres horas ya, así que sonreí aún más, no tardaría mucho en venir.

Y si él tenía ganas de estar conmigo, ni se imaginaba las ganas que tenía yo.

Ese hombre me había calado hondo.

Terminamos la noche y dejamos todo listo para marcharnos. Miré el móvil de nuevo, con el ceño fruncido, extrañada por no tener ningún mensaje de Gabriel y más extrañada aún porque no había llegado.

—¿Lista? —me preguntó Mili.

—Pues supongo...

—¿Supones? —preguntó Pili.

—Gabriel me mandó un mensaje hace horas de que venía para acá. Es raro.

—¿Y no te ha llamado o algo? —preguntó Mili.

—No... —guardé de nuevo el móvil en el bolso y me encogí de hombros— No sé, habrá tenido algún inconveniente de última hora.

Las mellizas me sonrieron y nos sobresaltamos cuando escuchamos golpes en la puerta del local.

—Por estas cosas te digo que mejor que David se quede hasta el cierre aunque estemos nosotras. ¿Y si es un borracho y tenemos que liarnos a palos? —resopló Mili.

—Salgamos por detrás y ya —dije, pero volvieron a llamar aún más insistentemente—. ¿Qué haces? —pregunté a Pili, iba hacia la puerta con una botella en la mano.

—Vosotras abrid que yo le abro la cabeza con esto.

Lo que nos faltaba, pasar la noche en el calabozo.

—¡Patri! Abre, ¡soy Carlos! —escuchamos al otro lado de la puerta.

Pili abrió rápidamente y mi hermano entró, sofocado.

—¿Carlos, qué pasa? ¿Estás bien? —pregunté preocupada y ya Mili estaba junto a él, también con cara de preocupación.

—No sé cómo decirte esto... —empezó mi hermano y se pasó las manos por el pelo.

—¿Decirme qué? —el corazón me empezó a latir a mil por hora — ¿Le pasó algo a mamá? ¿A papá?

—No, no, ellos están bien —dijo rápidamente—. Es...

—Joder, Carlos, pero habla de una maldita vez —gruñó Pili.

—A ver, Patri. No te asustes, ¿vale? Está vivo.

—¿Quién está vivo? —yo no me estaba enterando de nada, solo oía el latir de mi corazón como si lo tuviera en mis oídos.

—No se sabe qué pasó aún, solo que el coche se saltó la mediana, perdió el control y se estrelló...

—¿Pero quién? —pregunté, pero ya mi corazón me estaba diciendo su nombre y yo comencé a negar con la cabeza.

—Dios mío... —Pili se tapó la boca con las manos y Mili vino a abrazarme.

Mi hermano me cogió por la cintura y me hizo sentarme cuando vio que las piernas habían empezado a flaquearme.

—¿Y Paul? —preguntó Pili.

—Está bien, mejor que Gabriel. Me llamó él y me dijo lo que había pasado, tienen que hacerles pruebas y el estado de Gabriel es más reservado, pero me dijo que no dejaba de llamar a Patri. Los médicos le dejaron hacer una llamada y me avisó antes de que le hicieran las radiografías y el TAC.

—¿Está vivo? —pregunté con un hilo de voz.

—Sí.

Yo no podía reaccionar en ese momento, yo lo único que quería era verlo. Necesitaba coger su mano, comprobar que de verdad estaba vivo y...

Las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas. No podía ser que eso estuviera pasando. Casi no había comenzado nuestra historia para que la vida me lo quitara de mi camino sin ni siquiera haber vivido todo lo que podíamos juntos.

—Quiero verlo —lloré, intentando levantarme, pero me senté al ver que mis piernas no me sostenían.

Pili también lloraba y rogaba por ir a ver a Paul.

—Tranquilas, yo os llevo. Y están bien, tenéis que relajaros, no creo que deban veros así.

Afirmé con la cabeza, entendiéndolo y tomé aire, pero era imposible calmarme, no mientras no lo tuviera a mi lado.

No mientras no comprobara que aún estaba conmigo.

No mucho después, estábamos entrando por la puerta del hospital. Preguntando en la recepción, nos dieron la información necesaria para ir a verlos. Por lo que supe, Paul estaba a la espera del TAC y Pili salió en su búsqueda, no sin antes darme un abrazo.

—Fuerza, estará bien —le dije en el oído.

—Y Gabriel también saldrá de esta —me dio un beso en la mejilla y afirmé con la cabeza a Mili para que la acompañara.

Mi hermano y yo entramos al box de urgencias donde estaba Gabriel. Se me cayó el mundo a los pies cuando lo vi, lleno de tubos y agujas y con su cara amoratada.

—Oh, Dios mío... —gemí, con las lágrimas aún saliendo a borbotones de mis ojos.

Me acerqué a él y, con miedo, acaricié su mano.

—¿Familiares del señor Castillo? —preguntó un doctor al vernos.

—Sí, soy su amigo y ella es su novia —dijo mi hermano sin titubear.

—El señor Castillo está estable, aún tenemos que hacerle varias pruebas más para descartar lesiones cerebrales, pero en un principio, con las que ya le hicimos y los resultados, no hay indicios de algo que nos haga pensar pesimistamente. Una vez que tenga todas las pruebas, podré darles un diagnóstico más acertado.

—¿Y por qué no está despierto? —pregunté.

—El golpe fue bastante importante, las lesiones en sus huesos dolorosas, así que lo hemos sedado. Estará bastantes horas dormido y mientras le realizaremos las pruebas necesarias para descartar cualquier lesión. Pueden esperar en la sala de espera de urgencias a que despierte, alguien les avisará cuando eso pase. O pueden marcharse a casa, dejando un número de móvil en la recepción y se les llamaría en ese momento. Lo que sea, pueden estar tranquilos, está estable y controlado.

—Nos quedamos aquí —le aseguré. Le di un apretón en la mano, un beso en la frente y salí con Carlos.

Le mandé un mensaje a Mili explicándole para que supiera dónde estaba.

—Tranquila, se va a recuperar —mi hermano me apretó la mano.

—Lo sé —dije, pero estaba muerta de miedo.

Las horas en el hospital pasaban lentamente. Me levantaba, caminaba, me tomaba un café para mantenerme despierta... Perdía el control y discutía con alguna enfermera que me decía: sigue igual.

Sabía que ellas no tenían la culpa y que entendían el estado en el que me encontraba, pero es que me ponía más nerviosa sin saber nada.

—Sigue estable, pero aún dormido. El médico nos avisará cuando tenga todos los resultados de las pruebas.

Mi hermano me repetía lo mismo una y otra vez. Pero la noche pasó y yo seguía sin verlo. Por la mañana temprano, por fin el médico nos mandó a llamar. Para nuestro alivio, como bien predijo, además de las lesiones físicas con varios huesos rotos, no había nada más por lo que preocuparte. Seguía sedado ya que había tenido dolor por la noche y volvieron a inducirle el sueño, tardaría varias horas en despertar, así que al ver a Paul, que también estaba bien, decidí no llevarle la contraria a mi hermano y dejar que me acompañara a casa para tomar una ducha rápida y comer algo.

Mi hermano hizo lo mismo y una par de horas después estábamos de vuelta en el hospital.

Preguntamos por él y el alivio fue inmenso cuando la enfermera me dijo que ya estaba consciente.

Entramos en la habitación y lloré al ver el color de esos ojos que tanto me gustaban.

—Patri... —dijo con dificultad.

Me acerqué a él, tocándolo con miedo y sin poder dejar de llorar.

—Tranquila, estoy bien, solo fue un susto —me acarició la cara y me dio un beso.

—Casi me muero con el susto —lloré.

—Si la matas, después vengo y te mato a ti —le dijo mi hermano, bromeando—. ¿Cómo estás?

—Dolorido, pero bien. No sé qué pasó, el chófer perdió el control. La verdad es que no tengo ni idea —se apretó el puente de la nariz, haciendo una mueca de dolor.

—No pienses, ya la policía dirá. Iré a ver si saben ya algo —dijo mi hermano, relajándolo.

—¿Y Paul? —preguntó Gabriel.

—Bien. Está bien —sonreí por primera vez.

—Unos huesos rotos y nada más. Eso sí, le vas a tener que dar unas buenas vacaciones —rio Carlos.

—Eso es Málaga que no quiere que nos vayamos de aquí —bromeó Gabriel y yo apreté su mano, alegrándome de verlo bien—. Te he echado de menos —dijo mirándome.

—Vaya, así que la has echado de menos. ¿Y eso por qué? ¿Quién es la protagonista de esta escena tan tierna?

Miré hacia la voz de la mujer que habló y no se me pasó por alto cómo Gabriel se puso tenso.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Gabriel, enfadado.

—Me dijeron lo que pasó y tenía que venir a verte. Es mi obligación, ¿no? —sonrió ella.

—Ya comprobaste que sigo vivo, para tu desgracia. Así que ya te puedes marchar —la voz de Gabriel era acerada.

Miré a mi hermano y le pregunté silenciosamente con la mirada, él negó con la cabeza y tenía la mandíbula apretada, como sus puños, al lado de su cuerpo.

—No sería yo quien te llorara y lo sabes —dijo ella, dejándome con la boca abierta.

—Vete, Karen.

—No —rio ella—. Ya que me he llevado el chasco de saber que sigues vivo... Al menos dame una alegría con algo. ¿Quién es ella?

—No te importa —gruñó él—. Vete antes de hacer una tontería.

—¿Una tontería? ¿Por qué? Supongo que ella quiere saber quién soy yo, ¿verdad? —preguntó mirándome.

Sí, claro que quería saberlo, pero no iba a decírselo.

—Soy Karen —sonrió mirándome.

—Cállate —dijo él enfadado.

—¿Por qué, Gabriel? Ah, espera, que me lo imagino. ¿No le has contado que estás casado y que tu mujer intenta que pagues por haber matado a nuestro hijo?

Gabriel apretó mi mano y yo noté, sin ver, cómo Carlos me sujetaba antes de que me cayera redonda al suelo.

—Mierda —dijo mi hermano mientras me sostenía.

—Patri...

La voz de Gabriel rompía la neblina en la que había caído, pero ni siquiera eso era suficiente para salir de la oscuridad en la que me estaba viendo envuelta.

—¡Patri! —lo oí gritar.

Pero en mi mente solo había ahora una frase y era la de ella:

“¿No le has contado que estás casado y que tu mujer intenta que pagues por haber matado a nuestro hijo?”

Me sumergí en la oscuridad, quizás así esa frase desaparecería de mi mente...

Continuará...